

la Universidad de Pennsylvania, adonde han venido a parar restos de la biblioteca particular de Pott, me han suministrado los elementos de consulta indispensables. En diversas bibliotecas españolas, especialmente en la Nacional de Madrid y en la Colección Teatral de D. Arturo Sedó, de Barcelona, generosamente abierta a mis investigaciones, y también en las colecciones dramáticas de algunas Universidades norteamericanas (Pennsylvania, Harvard, Oberlin College), he encontrado muchos materiales para documentar la popularidad y difusión de los gitanismos españoles. Me complace en dejar aquí constancia de ello

CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE EL ELEMENTO GITANO DE LA LENGUA ESPAÑOLA

Fué el filólogo alemán Max Leopold Wagner el primero que llamó la atención de los lingüistas sobre el gran número de voces gitanas que vivían en el lenguaje popular español y el que inició un estudio sistemático de las mismas. En su libro *Notes linguistiques sur l'argot barcelonais* (Barcelona, 1924) ponía de relieve la gran proporción de palabras de origen gitano en la lista de «argotismos» catalanes que estudiaba, haciendo constar que la mayor parte de ellas se usaban corrientemente en el lenguaje popular de los habitantes de la península de habla castellana. En otras ocasiones ha insistido en destacar la importancia del elemento gitano del vocabulario español y ha estudiado con rigor y fruto la etimología y el uso de algunas de sus expresiones ¹.

¹ En una crítica del libro de W. Beinhauer, *Spanische Umgangssprache*, en *Volkstum und Kultur der Romanen*, III, 1930, p. 114, después de anunciar un extenso estudio sobre el elemento gitano en el español, escribe: «Die Geschichte des Einflusses des Zigeunerischen auf die spanische Umgangssprache ist noch zu schreiben und wird noch manche Ueberraschung bringen». Wagner ha tratado diversos aspectos de este problema y explicado expresiones gitanas en diversos estudios: *Uebersicht über neue Veröffentlichungen über italienische Sondersprachen. Deren zigeunerische Bestandteile*, en *Vox Romanica*, I, 1936, p. 264 y ss.; *Stray Notes on Spanish Romani*, en *Journal of the Gypsy Lore Society*, Third Series, XV, 1936, p. 134 y ss.; y XVI, 1937, p. 27 y ss.; *Sobre algunas palabras gitano-españolas y otras jergales*, en *Revista de Filología Española*, XXV, 1941, p. 161 y ss.; *O elemento cigano no calão e na linguagem popular portuguesa*, en *Miscelânea de Filologia, Literatura e Historia Cultural à memória de Francisco Adolfo Coelho*, Lisboa, 1949, p. 206 y ss.

Antes y después de estos estudios de Wagner se ha señalado en repetidas ocasiones el influjo que la presencia de un pueblo como el gitano, con hábitos y lenguaje propios, había ejercido sobre la lengua y las costumbres de ciertos medios españoles y hasta en la psicología nacional. Pero si, a grandes rasgos, se conocen o adivinan los contactos con los gitanos que dieron lugar a la «gitanización» del lenguaje popular español, no existen aún estudios particulares que aborden científicamente los múltiples problemas que presentan las relaciones con los gitanos en el territorio español, ni tampoco el libro de conjunto que sintetice el complejo de arduas cuestiones que suscita el «gitanismo» en España. No parece tampoco, por otra parte, haberse prestado atención bastante a la relación que existe entre estos problemas específicamente españoles y las investigaciones que vienen realizándose para desentrañar el misterio de las circunstancias que rodean el destino, y la procedencia y peregrinaciones de este pueblo nómada, cuyo nombre sigue siendo un enigma y cuya lengua, de lejanos orígenes indostánicos, constituye el principal testimonio histórico de su pasado y de su existencia ¹ ^{bis}. El desconocimiento general respecto a estas cuestiones fuera de un reducido medio de especialistas, ha contribuido aún más a la confusión que existe en la consideración de los gitanos españoles y del papel de sus costumbres y de su lengua en la vida del país.

¹ ^{bis} Véase sobre el nombre de los gitanos en relación con su origen: F. Miklosich, *Ueber die Mundarten und Wanderungen der Zigeuner*, VI. Wien, 1876, p. 57 y ss. («Ueber den Ursprung des Wortes Zigeuner»); y L. Wiener, *Die Geschichte des Wortes «Zigeuner»*, en *Archiv für das Studium der neueren Sprachen*, CIX, 1902, p. 280 y ss. Sobre su origen y lenguaje, véase J. Sampson, *Gypsy Language and Origin*, en *JGLS*, New Series, I, 1907/8, p. 4 y ss. Sobre el gitano como lengua indoeuropea y su relación con las lenguas indostánicas, véase R. L. Turner, *The Position of Romani in Indo-Aryan* («Gypsy Lore Society Monographs», núm. 4), Edimburgh 1927. Un buen resumen, pese a su fecha, de la historia y posición de los gitanos en el marco general del «folk-lore» europeo sigue siendo la introducción de F. H. Groome, *Gypsy Folk-Tales*. London. 1899. p. IX y ss.

Los libros de Rafael Salillas sobre *El delincuente español* ² siguen siendo, pese a su fecha, la mejor iniciación al conocimiento de los gitanos españoles y del papel que éstos han jugado en la sociedad y en la literatura y la parte que han tenido en la formación de la lengua de los malhechores. Especialmente la segunda parte de su libro *Hampa* y los capítulos dedicados al «caló» de su otro libro sobre el lenguaje de los delincuentes. Un breve y reciente folleto de J. Moreno Casado ³ resume datos históricos acerca de su historia y estado en España desde que aparecen en la península a mediados del siglo xv y su presencia determina una actitud de las autoridades y del pueblo ante este grupo de gentes extraño al país. Un trabajo de P. Bataillard ⁴, sobre los gitanos españoles, en que se estudia su aparición en la península y se aborda el examen comparativo de los vocabularios gitano-españoles, permanece olvidado en una publicación poco conocida. Los libros generales que tratan de los gitanos y de su historia no prestan demasiada atención a los gitanos españoles ⁵, y las noticias sobre los gitanos que contienen, como introducción, algunos de los diccionarios gitano-españoles son, en su mayor parte, trasunto de libros anteriores, extranjeros o nacionales, que habían divulgado conociemien-

² *El delincuente español. El lenguaje*, Madrid, 1896; y *Hampa (Antropología picaresca)*, Madrid, 1898.

³ *Los gitanos desde su penetración en España. Su condición social y jurídica* («Publicaciones de la Escuela Social de Granada», X), Granada, 1949. Sobre los gitanos de España y Portugal, véanse también algunos datos resumidos en el libro de J. Oliveira China, *Os Ciganos do Brasil (Subsídios históricos, etnográficos e linguísticos)*, Sao Paulo, 1936, p. 34 y ss. sin olvidar el venerable estudio de F. A. Coelho, *Os Ciganos de Portugal*, Lisboa, 1892.

⁴ *Les gitanos d'Espagne et les ciganos de Portugal*, en *Congrès International d'Anthropologie et d'Archéologie préhistorique. Comptes-rendu de la neuvième session à Lisbonne*, Lisbonne, 1844, p. 480 y ss.

⁵ Véase la escasa atención especial que les dedica, pese a conocerlos de manera directa, A. Colocci, *Gli Zingari*, Torino, 1889. Lo mismo podría decirse de las obras generales, antiguas y modernas, que han divulgado el conocimiento de los gitanos y sus costumbres (Grellmann, *Tetzner Predari Ponn Serbojann Block*)

tos sumarios sobre las vicisitudes, las costumbres y la lengua de ese pueblo⁶. Si se ha podido creer que los gitanos españoles, y su especial manera de ser, eran más conocidos, incluso internacionalmente, se debe simplemente a la popularidad de que gozó, y de que sigue gozando, la obra del original escritor inglés, George Borrow, agente de la Sociedad Bíblica de Londres, que relató sus andanzas con los gitanos de España, a principios del siglo XIX, en sus famosos libros *The Zincafi, or The Gipsies of Spain* y *The Bible in Spain*, publicados en 1841 y 1843, respectivamente. Indoeuropeístas e historiadores de la literatura inglesa coinciden en reconocer el papel importante que desempeñó la fantasía en las elucubraciones filológicas y en el relato de las aventuras de Borrow. Pero sea cualquiera el crédito que hayamos de dar a sus palabras, las noticias de *Don Jorgito el Inglés* y la lengua de los gitanos que él documenta en los libros citados y en su traducción al dialecto gitano-español del Evangelio de San Lucas (que, con el título de *Embeó e Majaró Lucas*, apareció, en Madrid, en 1837), siguen siendo la única base y el constante punto de referencia en cualquier estudio del gitanismo español. De hecho, a Borrow han tenido que acudir, como veremos, cuantos han querido estudiar científicamente el dialecto de los gitanos de España, y el vocabulario de *The Zincafi* ha sido saqueado, de primera o segunda mano, sin duda, por casi todos los que han compuesto vocabularios gitano-españoles. Las ocasiones perdidas de estudiar de cerca y de manera directa e intensa a los gitanos de España desde que George Borrow

⁶ R. Campuzano *Oríjen, usos y costumbres de los jitanos y diccionario de su dialecto*, Madrid, 1848; F. de Sales Mayo (Quindalé), *El gitanismo. Historia, costumbres y dialecto de los gitanos*, Madrid, 1870; y J. M. Pubanó, *Historia y costumbres de los gitanos*, Barcelona, 1915.

⁷ Véase W. I. Knapp, *Life, Writings, and Correspondence of George Borrow*, New York, 1899; H. Jenkins, *The Life of George Borrow*, New York, 1912; E. Thomas, *George Borrow, The Man and his Books*, New York, 1912; y la bibliografía citada en las notas de mi estudio *Gitano-andalus «Devel, Undevel»*.

convivió con ellos, constituye ya algo irreparable. Cualquier intento de reconstituir el medio gitanesco antiguo (contemporáneo o anterior a la época en que Borrow entró en contacto con él), a base de fuentes escritas, o de estudiar con rigor hoy el folklore y lengua de los gitanos actuales, no podrá nunca tener lo inmediato, la viveza y el color que el escritor inglés dió a la descripción de sus relaciones directas e íntimas con los gitanos españoles de una época en que, sin género de duda, conservaban con mayor pureza sus costumbres y su lengua, y difícilmente nos pondrá en posesión de materiales lingüísticos tan abundantes—y, aunque resulte paradójico, tan puros—como los suyos. La escasez de textos antiguos en «aló» y la rápida desaparición en nuestros tiempos, que es general a todos los países, de toda singularidad lingüística, harán siempre irremplazable la obra de Borrow.

La literatura antigua sirve de poco para resucitar el ambiente en que vivieron los gitanos en sus primeras centurias de vida española. Los gitanos que se mezclan en la poesía «germanesca», en el teatro primitivo o en las novelas de pícaros, pueden ofrecer algunos rasgos generales característicos de las costumbres tradicionales de la raza, pero nada tienen, en rigor, de estrictamente documental⁸. Además, la fidelidad de los gitanos a un mismo tipo de vida y a ciertas profesiones, a través de los siglos y de los muchos países en que han estado, quita mucha originalidad a descripciones antiguas del medio gitanesco. Pero posiblemente algunos de los

⁸ Véase especialmente el capítulo «Los gitanos en la novela picaresca», en el citado libro de R. Salillas, *Hampa*, p. 142 y ss. A Salillas sigue M. Romera Navarro, *La vida que pasa*, Madrid, 1921, p. 229 y ss. (capítulo titulado «Gitanerías»), con algún que otro dato más sobre los gitanos en la literatura del siglo XVII. Sobre los gitanos en el teatro español del siglo XVI, véase W. S. Hendrix, *Some Native Comic Types in the Early Spanish Drama*, Columbus, 1924, p. 24 y ss. E. Co tarolo y Mori, en su introducción a la *Colección de Entremeses (NBAE. XVII)*, Madrid, 1911, p. CLI) señala la intervención frecuente de gitanos en las piezas menores del teatro del Siglo de Oro.

escritores del Siglo de Oro debieron tener de los gitanos un mayor y más profundo conocimiento del que demuestran en los libros, aunque no lo revelen, porque en sus obras no aparecen, por ejemplo, vocablos de su habla particular que den mayor color y autenticidad a la intervención de los gitanos en la literatura⁹. La historia y hasta la intimidad de los gitanos está, siempre en último término, en su lengua. Lo único diferencial y típico de los gitanos que aparecen en las obras literarias de los siglos XVI y XVII es su «ceceo», y ese «ceceo» constituye un problema todavía no explicado. El convencionalismo de esta pronunciación de los gitanos fué, sin duda, muchas veces un fácil recurso literario para los autores que deseaban presentar tipos gitanescos con alguna nota distintiva, pero nada puede afirmarse aún en concreto acerca de si el «ceceo» procede, en efecto, de la fonética del dialecto que hablaban los gitanos que primero llegaron a la Península¹⁰.

El vocabulario que George Borrow añadió como apéndice a su libro *The Zincañi* es la primera verdadera lista de voces gitanas sobre la cual se puede intentar reconstruir el primiti-

⁹ J. Givanel Más, en el prólogo de *La gitaniella. Texto original y la traducción italiana de Barezzi* («Publicaciones cervantinas patrocinadas por J. Sedó Peris Mencheta», V), s. l. s. a. p. VIII y ss. resume los testimonios de distintos autores concernientes al problema de la veracidad del medio gitanesco de la novela de Cervantes. La idealización de la gitanería es patente. El realismo de la novela hubiera ganado, según Givanel, dando entrada en el texto a ciertas voces gitanas, pero no hay que olvidar que tampoco Mateo Alemán, ni Alcalá, en *El donado hablador*, ni Espinel, hicieron hablar a los gitanos su lengua: «Lo que demuestra que no conocían el habla gitanesca, como también la ignoraba nuestro autor». Esta tajante conclusión de Givanel podría tal vez ser corregida. Cervantes debió saber, sin duda, que los gitanos hablaban una lengua extraña.

¹⁰ Del «ceceo» de los gitanos en la literatura española de los siglos XVI y XVII tratará el libro en preparación de Amado Alonso sobre la antigua pronunciación del español. El convencionalismo de la pronunciación de los gitanos puede contrastarse con la de otros personajes típicos del teatro español (compárese E. De Chasca, *The Phonology of the Speech of the Negroes in Early Spanish Drama*, en *Hispanic Review*, XIV, 1946, p. 322 y ss.; y A. E. Sloman, *The Phonology of Moo-*

vo lenguaje de los gitanos españoles. Los vocabularios gitano-españoles que poseemos son posteriores, aunque los primeros documenten el mismo estado de la lengua contemporánea a las correrías de Borrow por España: el de F. Trujillo, *Vocabulario del dialecto gitano*, se imprimió en Madrid, en 1844, y la primera edición de A. Jiménez, *Vocabulario del dialecto gitano*, es de Sevilla, 1846. Probablemente el primero debió componerse con completa independencia del de Borrow^{10 bis}. Una comparación detallada del vocabulario de *The Zincañi* con las palabras que recogen estos primeros vocabularios españoles está todavía por hacer. A. F. Pott, indoeuropeísta de la Universidad de Halle, publicó, en 1844 y 1845, los dos volúmenes del primer libro fundamental sobre los gitanos y su lengua: *Die Zigeuner in Europa und Asien*. El vocabulario de Borrow y su traducción del Evangelio le suministraron los materiales de comparación del dialecto gitano español con variantes de otros países. Pott consideró el lenguaje de los gitanos españoles de principios del siglo XIX como uno de los dialectos más degenerados y corruptos sobre el que la convivencia con el español ha ejercido una influencia decisiva. A A. Pott y al eslavista austriaco F. Miklosich que, en algunos de sus estudios *Ueber die Mundarten und die Wanderungen der Zigeuner Europas* (1872-1880), se ocupó someramente del gitano español, se debe la primera confrontación de las variantes peninsulares con las formas más regulares y ho-

rish Jargon in the Works of Early & Spanish Dramatists and Lope de Vega, en *Modern Language Review*, XLIV, 1949, p. 207 y ss.). Me propongo estudiar la adaptación y correspondencias de los antiguos sonidos de la lengua hablada por los gitanos que vinieron a España en el sistema fonético español, siguiendo la pauta del estudio de A. Alonso, *Arabe st > Esp. ç — Esp. st > Arabe ch*, en *PMLA*, LXII, 1947, p. 325 y ss.

^{10 bis} I Brown, *The Vocabulary of The Zincañi*, en *JGLS*, Third Series, II, 1922, p. 1912, se pregunta: «Has any one ever discovered the source which Borrow used in preparing the vocabulary in *The Zincañi*? Most of the words he may well have collected himself, but there is considerable internal evidence that some were taken from an earlier work.»

mogéneas de otras hablas gitanas de Europa y Asia. Miklosich se valió de algunos vocabularios gitano-españoles, es decir, de un léxico que procede del diccionario de Borrow o de otros diccionarios u observaciones directas (lo que no puede determinarse fácilmente) de fecha aún más tardía. Hasta los estudios modernos de M. L. Wagner, el conocimiento científico del gitano español no se ha visto enriquecido más que por algún vocabulario nuevo que no hace, por lo general, más que repetir el núcleo principal de palabras de los diccionarios anteriores. La natural consiguiente degeneración del habla de los gitanos españoles, durante el siglo largo que ha transcurrido desde que Borrow recogió los materiales lingüísticos de *The Zincali*, no ha sido investigado aún de manera directa, y los testimonios de los que han tratado a los gitanos españoles en los últimos decenios no pueden ser más contradictorios respecto al estado actual de su lengua¹¹. Todo hace sospechar que la influencia del español se ha dejado sentir cada vez más sobre el «caló» y que lo que hoy en día hablan los gitanos no es más que la lengua de los españoles de la región en que los gitanos habitan, salpicada de un reducido número de voces gitanas. No es éste un fenómeno específicamente español, y a lo largo de las investigaciones sobre

¹¹ Ya Borrow notó entre los gitanos españoles un mayor o menor dominio de la lengua propia según los casos. Muchos de ellos habían dejado de entender el «caló cerrado». Gitanólogos extranjeros han observado en otros países el mismo fenómeno de ignorancia, por parte de los gitanos, del llamado «deep romany». El Marqués de Colocci, *The Gitanos of To-day*, en *JGLS*, Old Series, I, 1889, p. 286 y ss., publicó algunas noticias interesantes sobre un viaje a las «gitanerías» de España, señalando el gran estado de decadencia de su lengua, aunque sin comunicar los textos de «caló» más puro que había recogido en Sierra Morena entre gitanos de avanzada edad. Los datos que ofrecen los libros de W. Starkie, *Spanish Raggle-Taggle*, London, 1833; y *Don Gitano*, London, 1887; y [I. Brown, *Nights and Days on the Gypsy Trail*, New York, 1922; y *Deep Song*, New York, 1922] no ofrecen información lingüística muy segura. Véase también una nota que se suma a las contradictorias afirmaciones de los libros citados, de I. Brown, *The Knowledge of Gypsy by the Gentiles of Spain*, en *JGLS*, Third Series, III, 1924, p. 148 y s.

otras variedades geográficas de la lengua de los gitanos, conocemos otros casos en que un dialecto gitano ha perdido la estructura de su propio sistema lingüístico para adaptar su vocabulario a la estructura de la lengua que se habla en el país donde los gitanos viven y se establecen¹². No ya sólo el temprano diagnóstico de Pott ni las posteriores precisiones de Wagner sobre algunos puntos indicados por el primero, sino también el famoso artículo del filólogo austriaco [H. Schuchardt¹² sobre los «cantos flamencos»] (al que sirven de punto de partida los «gypsy rhymes» de *The Zincali* y la colección de *Demófilo*) y un sumario estudio antiguo de A. Keller acerca de la influencia del español sobre el gitano de España¹³, basado, como los otros, únicamente en las escasas fuentes escritas existentes, hacen suponer la actual degeneración externa del dialecto gitano español, muy cercana a una extinción absoluta¹⁴.

¹² El ejemplo más típico e invocado es el que documentó F. N. Finck, *Die Sprache der armenischen Zigeuner*, en *Mémoires de l'Académie Impériale de St. Pétersbourg*, XVIII: 5, 1907, p. 32: «Wie schon ein nur flüchtiger Ueberblick... zeigt, hat die Sprache der armenischen Zigeuner ein wesentlich armenisches, und zwar westarmenisches Gepräge; nur der Wortschatz legt Zeugnisse von indischem Ursprung ab, nicht aber die Flexion»; véase también p. 47 y ss.

¹² *Die Cantes Flamencos*, en *Zeitschrift für romanische Philologie*, V, 1881, p. 249 y ss.

¹³ *Einfluss des Spanischen auf die Sprache der in Spanien lebenden Zigeuner*, en *ZRPh*, XVI, 1892, p. 165 y ss.

¹⁴ Se impone la necesidad de un estudio serio y sistemático de los últimos restos del gitano hablado en España antes de su total desaparición. Las «gitanerías» de Zafra, Guadix, Granada, Valladolid, Zamora, etc., pueden aun reservar sorpresas. En junio de 1949 tuve ocasión de hablar, durante tres horas, en Madrid, con un inteligente «bailor» gitano de una vieja estirpe de Andújar que aun dominaba el «caló». Lo más interesante de su lenguaje era que, cuando pasaba a hablar «caló cerrado», su vocabulario quedaba reducido a la más mínima expresión, ya que evitaba cuidadosamente todos los gitanismos hoy incorporados al español coloquial. Voces gitanas conocidas y divulgadas fuera de los medios estrictamente gitanos, como *ducas*, *achares*, *parné*, etcétera, no se dicen, «no se prenunsian», según él, entre los gitanos conscientes del secreto de una lengua que no entienden los *busné*. Véa-

Por otra parte, la «germania» o lengua de los medios rufianescos de los siglos XVI y XVII no constituye tampoco un buen punto de referencia para estudiar lo que fué el dialecto primitivo de los gitanos que se asentaron en la Península. No se ha intentado aún documentar los primeros contactos de la lengua de «germania» con el lenguaje de los gitanos y hasta ahora ha parecido vano buscar voces de origen gitano en la lengua de los antiguos rufianes españoles¹⁵. Tampoco la «germania» ha sido aún estudiada rigurosamente y sabemos muy poco de su proceso de formación y de su evolución. Posiblemente la «germania» constituía ya una lengua cerrada, compacta y de difícil penetración cuando los gitanos

se lo que se puede lograr combinando lo transmitido en letra impresa y las observaciones directas en el estudio de un dialecto de poca importancia como el de los gitanos de Noruega: R. Iversen, *The Romany Language in Norway* (*Secret Languages in Norway*, Part I), Oslo, 1944.

¹⁵ F. Miklosich, *Ueber die Wanderungen und Mundarten der Zigeuner*, IX, Wien, 1876, dedicado a estudiar los elementos gitanos en las jergas del hampa europea fracasó en sus intentos. El desconocimiento de lo que es la lengua gitana hizo que se llegara a considerar, por algún estudioso de la «germania», frase agitanada la siguiente de *La Pícaro Justina*: «Garda la bulza» (véase R. Salillas, *El lenguaje*, p. 208, nota 1). Pero esto no es gitano (véase la nota de J. Puyol y Alonso en su edición de *La Pícaro*, III, Madrid, 1912, p. 182). Tanto J. M. Hill, al publicar un antiguo vocabulario, en *Revue Hispanique*, LIII, 1921, p. 615 y s., a que nos referimos luego, como M. L. Wagner, *Mexikanisches Rotwelsch*, en *ZRPh*, XXIX, 1919, p. 517, parecen apuntar la creencia de una temprana contaminación, en el siglo XVII, de la «germania» y de la lengua gitana. La existencia de palabras gitanas en el «caló» o «jerigonza» de los delincentes de Méjico no es prueba bastante, y habría que estudiar cuidadosamente el caudal de voces gitanas en los libros publicados sobre las jergas delincentes de Hispanoamérica, antes y después del estudio de Wagner, y estimar lo que es aportación antigua y lo que esas jergas tienen de común con el «caló delincente» español moderno. Pero es un hecho que Miklosich pudo probar la mezcla de elementos gitanos en las jergas europeas antiguas, y lo mismo ha probado para la de los Países Bajos más recientemente J. G. M. Moormann, *De Geheimtalen. Een Studie over de Geheimtalen in Nederland. Vlaamsch-België, Breyell en Mettingen, Zutphen*, 1932. Me propongo tratar esta cuestión monográficamente más tarde.

llegaron a la Península¹⁶. La simbiosis de las jergas de malhechores y gitanos en los bajos fondos sociales antiguos debió de realizarse con lentitud, y posiblemente no empieza a producirse hasta los últimos años del siglo XVII. Los archivos y las bibliotecas españolas no han proporcionado hasta ahora vocabularios en que se documente el dialecto de nuestros antiguos gitanos antes de la llegada de Borrow a España. Contrasta esta escasez con la relativa abundancia de vocabularios antiguos en otros países¹⁷. El único vocabulario español anterior a los impresos del siglo XIX, hasta ahora asequible es una breve lista de palabras procedente de un manuscrito de la Biblioteca Nacional de Madrid que se considera del «late seventeenth century», publicado hace ya algunos años por J. M. Hill¹⁸. La mezcla de la «lengua egipciaca, o más propio, guirigay de gitanos», según reza en el manuscrito, con el vocabulario jergal de las clases populares españolas parece aquí ya evidente. También entre las palabras gitanas recogidas en *The Zin-*

¹⁶ El libro de F. Rodríguez Marín, *El Loaysa de «El celoso extremeño»*, Sevilla, 1901; la introducción del mismo a su edición de *Rinconete y Cortadillo*, Sevilla, 1906, y el estudio preliminar de J. Hazañas y la Rúa a *Los Rufianes de Cervantes*, Madrid, 1906, siguen siendo los mejores estudios sobre el lenguaje de la «jacarandina» sevillana y de la «germania» en general. J. M. Hill, *Poesías germanescas*, Bloomington, 1945 (véase mi recensión en *HR*, XVI, 1948, p. 77 y ss.), y *Voces germanescas*, Bloomington, 1949, proporcionan materiales preciosos para abordar científicamente el estudio de la «germania».

¹⁷ Véase *Vulcanius' Romani Vocabulary*, en *JGLS*, Third Series, IX, 1930, p. 16 y ss., en que se reimprime el que Vulcanius incluyó en su libro *De literis et lingua Getarum* (1597). El vocabulario no parece haberse recogido en España, como creyó Pott. La Gypsy Lore Society ha publicado en su *Journal* muchos de los antiguos vocabularios gitanos de diversas procedencias.

¹⁸ *A Gypsy-Spanish Word List*, en *Revue Hispanique*, LIII, 1921, p. 615 y s. Queda todavía por aclarar la cuestión que Hill sugiere aquí, sin entrar en pormenores, de la incorporación de palabras gitanas a la literatura antigua: «For the study of certain types of Spanish literature of the seventeenth century the Gypsy vocabulary furnishes a very reliable help for determining the meaning of some words that did not find their way into the ordinary lexicon.»

cali abundan asimismo las procedentes de la «germania» española, como fácilmente comprueban cuantos lo han estudiado. Constituye esto un fenómeno paralelo al que se produce en todos los dialectos gitanos y en todas las distintas jergas de Europa. El desconocimiento de estas lenguas especiales dentro de una comunidad nacional por todos aquellos que las ignoran venía a identificarlas, sin reparar en su distinto origen y fijándose únicamente en la frecuente convivencia de los que las hablaban¹⁹. Desde el siglo XVIII la confusión entre «germania», o lenguaje especial de los delincuentes profesionales, y el «caló», o lengua de los gitanos españoles de remoto origen indio, debió ser corriente en España. Pero es un hecho que «caló», la voz gitana que en general designa la «chipé callí» o lengua de los gitanos de España, ha pasado a significar ininteligible jerigonza, y también lengua especial secreta de los delincuentes españoles²⁰. Y, por otra parte, «caló»

¹⁹ Ya Francis Michel, *Etudes de Philologie comparée sur l'argot et sur les idiomes analogues parlés en Europe et en Asie*, París, 1856, p. XXVII, observó: «Il n'est pas rare de voir les auteurs confondre cet idiome rommany, ou langue des Bohémiens, avec l'argot des voleurs, ce qui est une erreur manifeste.» Véanse los esfuerzos para clarificar y deslindar los conceptos de «germania» y «caló» (confundidos hasta en el Diccionario de la Academia) y sus elementos constitutivos, en J. Caesares, *Introducción a la lexicografía moderna*, Madrid, 1950, p. 272 y ss.

²⁰ La identificación de la antigua jerigonza con la lengua de los gitanos tiene ya lugar en la literatura picaresca, como prueba R. Salillas, *El Lenguaje*, p. 208, nota 1. El mismo Salillas, p. 211 y ss., trató del agitanamiento de la «germania» que da lugar al moderno «caló jergal» de los delincuentes españoles, en que los elementos de una y otra lengua han sufrido mutuas influencias. (El término «caló jergal» propuesto por Salillas coincide con el «prison Romani» que se ha dado a la lengua hablada en las cárceles suecas por presos no gitanos; véase H. Ehbrenborg, *Djös Per Andersson's Vocabulary*, en *JGLS*, Third Series, VII, 1928, p. 11 y ss.) En el uso popular, «caló» significa también lengua particular e inconfundible para aquellos que no la hablan, como la antigua jerigonza, o lengua especial de cada oficio o profesión; véase el significativo ejemplo de N. Estévez, *Calandracas*, Barcelona, s. a., p. 57: «Se ha dicho, y es verdad, que en las primeras palabras de una conversación se le conoce a cualquiera su profesión u oficio. En vano fuera ocultárselo, pues cada oficio, cada ocupación, cada carrera, tiene su *caló* particular. Por la boca muere el pez...»

ha venido significativamente a ser sinónimo en español de lo que en francés y en inglés se llama «argot» o «slang», no ya como designación especial de la lengua de apaches y malhechores, sino como denominación por excelencia del lenguaje popular²¹. Por encima de toda coincidencia con lo que ocurre en otros países, parece como si se hubiese reconocido implícitamente con ello la importancia y la influencia del gitano en el habla coloquial de los españoles²².

✓ El proceso de incorporación de voces gitanas al español no puede ser ajeno al papel que los gitanos aclimatados a la vida española han jugado en ella, y en esto habrá que buscar la explicación del gran número de gitanismos que pululan en nuestro lenguaje popular, mucho más que en la natural y general contaminación de gitanismos que presentan las jergas de los bajos fondos sociales europeos. Salillas, en sus libros citados²³, parece querer establecer la compatibilidad en España de dos fenómenos lingüísticos: el gusto por lo gitano en Andalucía, que arrastró al dialecto andaluz aluvión de palabras «caló», y la infiltración de gitanismos en el lenguaje del «hampa» de esa región. Se basa Salillas en los resultados de su experiencia e investigaciones en el campo de la criminología, por un lado, y se confirma, por otro, en la creencia, documentada también en otros estudios suyos²⁴, de que el

²¹ Véase la confusión de una cosa y otra en L. Besses, *Diccionario de argot español; o, Lenguaje jergal gitano, delincuente, profesional y popular*, Barcelona, 1906, y M. de Toro y Gisbert, *Los nuevos derroteros del idioma*, París, 1918, p. 22. Sobre la confusión e imprecisión de la terminología general, véase C. Clavería, *Sobre el estudio del «argot» y del lenguaje popular*, en *Revista Nacional de Educación*, núm. 12, 1941, p. 64 y ss.

²² Esta importancia, revelada y confirmada por los estudios de M. L. Wagner, no parece haber trascendido a las historias generales de la lengua española. Véanse, por ejemplo, las someras y no demasiado precisas referencias al vocabulario gitano del «slang» español de R. K. Spaulding, *How Spanish Grew*, Berkeley, 1943, p. 217.

²³ *El lenguaje*, p. 218 y ss., y *Hampa*, p. 181 y ss.

²⁴ *Poesía rufanesca*, en *RHi*, XIII, 1905, p. 18 y ss., y *Poesía matonesca*, en la misma *RHi*, XV, 1906, p. 387 y ss.

«flamenquismo» es la representación de algo muy nacional en que viene a parar, en el campo del «hampa», la tradición degenerada de la caballeridad y del heroísmo español antiguo. El sociólogo veía en todo ello tendencias psicológicas distintas, pero en muchos casos coincidentes. Si estos atisbos de Salillas parecen responder a una realidad que da razón de la abundancia de gitanismos en el español moderno, no lo aclara todo. El mismo Salillas salía al paso, con argumentos científicos, de la opinión general, difundida en el siglo XIX, de que lo gitano es consustancial con lo español, y una de las notas más castizas de nuestra psicología y costumbres nacionales ^{24 bis}. Escritores contemporáneos no han dejado de replantearse esta cuestión ²⁵. Lo gitano ha sido considerado esencia o alcaloide del «flamenquismo»²⁶. Pero el «flamenquismo», en que tantas cosas vienen a concurrir, está todavía por estudiar en su génesis y desarrollo, está aún por caracterizar en su varia complejidad.

^{24 bis} Véase como ejemplo del eco de esta opinión lo que escribe J. Cejador y Frauca, *Pasavolantes*, Madrid, 1912, p. 134: «En el gitano español diríase que encarnó lo más sutil y apurado del alma española...»

²⁵ Véase el ensayo de R. Pérez de Ayala, sobre «La tradición y los gitanos», recogido en *Las máscaras*, II, Madrid, 1919, p. 184: «En ninguna parte, salvo en España, se fraternizó con los cañís, ni el gitanismo se consustantivó con la tradición nacional, con el casticismo.» En un artículo periodístico de 1935, «Gitanerías», de J. Moreno Villa, *Pobretería y locura*, México, 1945, p. 83 y ss., se lee: «Llamamos así a la dosis gitana que llevamos los españoles y no sin agrado... La gitanería nos va ganando a partir del siglo XV... Me parece que hay motivos para pensar en el influjo de la gitanería sobre la vida española...». Comp. G. Marañón, *Don Juan. Ensayos sobre el origen de su leyenda*. Buenos Aires, 1940, p. 92: «Don Miguel de Unamuno solía decir que la influencia gitana era en nuestro pueblo mucho más profunda que la árabe. Sería difícil calcularlo con exactitud. Pero que el influjo gitano es muy grande, no admite duda...»

²⁶ Véase, como ejemplo, este texto, entre otros muchos, de Eugenio Noel, el escritor que proclamó la cruzada contra el «flamenquismo», en su libro *Pan y toros*, Valencia, s. a., p. 108: «El gitanismo es un causal de riquísimo estudio para comprender cómo se ha flamenquizado en un grado monstruoso nuestra raza, desde el andaluz al eúskaro, desde el gallego al valenciano, desde el castellano al catalán y aragonés...»

En el siglo XVIII se encuentran sin duda las raíces del gusto por lo popular, que constituye el punto de partida del «flamenquismo»²⁷. La afición de las clases altas a participar en festejos populares, en adoptar los trajes, maneras y decires del pueblo, no era seguramente algo reservado a Madrid. La «majeza» de la Corte debió encontrar paralelos en otros muchos sitios de España, y especialmente en Andalucía, donde el señorío, más en contacto con el campo, asimilaba costumbres y formas de vida que han de ser luego buen exponente de todo ese impreciso conjunto que se ha venido a llamar «lo flamenco». Madrid y su pueblo bajo, y también las capas sociales superiores, se dejarían influir luego por un «andalucismo» que iba a trascender a toda España²⁸. Canto, baile, to-

²⁷ E. Pardo Bazán, *Polémicas y estudios literarios* (Obras completas, VI), Madrid, s. a., p. 141, invoca la *Sátira contra la nobleza* de Jovellanos, como documento de la imitación por parte de los cortesanos de «los usos, vicios y aficiones de los chisperos». R. Pérez de Ayala, *ob. cit.*, p. 180 y ss., menciona la Carta VII de las *Cartas marruecas* del Coronel Cadalso, en que se habla de la educación de la juventud andaluza en juergas de gitanos. Pérez de Ayala concluye acerca de la tradición setecentista del «flamenquismo»: «De este connubio irregular de aristocracia, torería y gitanismo, se engendra la *majeza*, lo *flamenco*. El *majo* es una mezcla de gitano, torero y señor.» Pero los estudios científicos sobre las costumbres españolas del siglo XVIII reflejadas en la literatura no han profundizado hasta ahora en este aspecto importante de la génesis del «flamenquismo»; véanse, por ejemplo, algunas indicaciones en C. E. Kany, *Life and Manners in Madrid 1750-1800*, Berkeley, 1962, p. 229; F. Díaz-Plaja, *La vida española en el siglo XVIII*, Barcelona, 1946, p. 174; y a lo largo de F. Palau Casamijana, *Ramón de la Cruz und der französische Kultureinfluss im Spanien des XVIII Jahrhunderts*, Bonn, 1984, en que se documenta, desde un ambiente de *majeza*, la oposición a lo francés. Sobre la fuerte plebeyización que se produce en la segunda mitad del s. XVIII en el lenguaje y en las costumbres españolas habla Ortega y Gasset en el capítulo «Goya y lo popular» de su libro: *Papeles sobre Velázquez y Goya*, Madrid, 1950, pág. 279 y ss.

²⁸ ¿Cuándo se inicia esta influencia andaluza? ¿Cuál es su razón? En R. Mesonero Romanos encontramos alusiones, respecto a los primeros años del siglo XIX, que dan que pensar: En *Escenas marritenses* (4.ª ed.), Madrid, 1845, p. 10, hablando de «un primo suyo»: «Además es andaluz, y ya se sabe que los de su tierra tienen la circunstancia de caer en gracia, condición harto esencial, y en Madrid más que en otra

reo, la atmósfera en que las fiestas nacionales es celebraban, tomaron un aire preponderantemente andaluz²⁹. Ha venido, por otra parte, a ser axiomático entre aquellos que han abordado el estudio de las manifestaciones del «folk-lore» andaluz que lo gitano constituye un ingrediente importante del mismo³⁰. No hay duda que los gitanos sedentarios de Andalu-

parte...» En *El antiguo Madrid* (nueva ed.), II, Madrid, 1881, p. 32 y s., hablando del traje de «manolo»: «Ha abandonado la coieta y redecilla, el calzón y el chupetín... con que nos lo pintan a principios de este siglo; su traje actual, modificado con la imitación de los de Andalucía...» El «andalucismo» de las costumbres madrileñas debió acentuarse paulatinamente: L. Montoto, *Costumbres populares andaluzas*, en *Biblioteca de las tradiciones populares españolas*, I, Sevilla, 1883, p. 54 y ss., documenta ciertas costumbres sobre «la taberna» y «la navaja» que, en esa fecha, hubieran podido encontrarse entre las clases populares madrileñas.

²⁹ Véase cómo se caracteriza a «El Torero» de principios del XIX: T. Rodríguez Rubí, en *Los españoles pintados por sí mismos*, Madrid, 1851, p. 3, escribe: «El torero siempre es andaluz: es cualidad indispensable cuya sola posesión asegura al neófito un puesto delante de la fiera, y ser reputado desde luego como apto y conveniente para el oficio. Con ser andaluz se adelanta la mitad del camino; porque la santa costumbre ha vinculado este ejercicio entre los garbosos hijos del Betis, y por eso los valencianos, manchegos, murcianos o extremeños que se dedican al toreo, lo primero que hacen es olvidarse del país en que nacieron: adoptan, además del uniforme de plaza, el traje más común en los andaluces: imponerse en la jerga de los *compaes...*»; compárese también en la misma obra, p. 213 y ss., lo «andaluz» de la caracterización de «La Maja» por M. de Santa Ana. En muchos de los textos citados más abajo puede comprobarse cómo el habla de los «chulos» de Madrid se hace «caló». El prestigio de «lo andaluz» en el siglo XIX ha sido, en conjunto, destacado por J. Ortega y Gasset, *Teoría de Andalucía* (Obras completas, VI, Madrid, 1947, p. 111): «Durante todo el siglo XIX, España ha vivido sometida a la influencia hegemónica de Andalucía. Empieza aquella centuria con las Cortes de Cádiz; termina con el asesinato de Cánovas del Castillo, malagueño, y la exaltación de Silvela, no menos malagueño. Las ideas dominantes son de acento andaluz. Se pinta Andalucía: un terrado, unos tintos, cielo azul. Se lee a los escritores meridionales. Se habla a toda hora de la «tierra de María Santísima». El ladrón de Sierra Morena y el contrabandista son héroes nacionales. España siente justificada su existencia por el honor de incluir en sus flancos el trozo andaluz del planeta.»

³⁰ A. Machado Alvarez (*Demófilo*), *Estudios sobre literatura popular*, en *Biblioteca de las tradiciones populares españolas*, V, Sevilla, 1884

cia entraron en estrecho contacto con el pueblo y convivieron íntimamente con él. «Flamenco» se identificó, desde antiguo, con «pícaro», y luego, con «gitano»³¹. Y «flamenco» es uno de los nombres que viene caracterizando las manifestaciones artísticas populares de Andalucía. La confusión entre los tres términos, «andaluz», «gitano» y «flamenco», persiste, pese a los esfuerzos de algunos en delimitarlos y distinguirlos³². El uso los puso en circulación sin discriminar demasiado, tratándose como se trataba de algo que se imponía como moda,

p. 95, expone, en resumen, lo que debía ser creencia del grupo de «folkloristas» sevillanos: «Nacidos muchas veces en la taberna, y en ella casi siempre, y por plazas y campos repetidos, son los *cantes flamencos* una mezcla de elementos heterogéneos aunque afines; un resultado del contacto en que vive la clase baja del pueblo andaluz con el misterioso y desconocido pueblo gitano...» Véase también del mismo *Demófilo*, la citada *Colección de cantes flamencos*, Sevilla, 1881. Esta idea ha seguido repitiéndose: F. Rodríguez Marín, *Ensaladilla*, Madrid, 1903, p. 10; R. Cansinos-Assens, *Evolución de los temas literarios*, Santiago de Chile, 1936, p. 75, etc.

³¹ Véase H. Schuchardt, *ob. cit.*, p. 251 y ss., sobre la identificación de «flamenco» y «gitano», que toma como punto de partida la *Colección de cantes flamencos* de Antonio Machado. Sobre la identificación de «flamenco» y «pícaro», véanse también las observaciones, independientemente entre sí, de A. R. Nykl, *Pícaro*, en *RHi*, LXXVIII, 1929, p. 183; W. Mülert, *Frankospanische Kulturberührungen*, en *VKR*, III, 1930, p. 145 y ss.; y G. J. Geers, *Pícaro-Flamenco-Pichelingue*, en *Mélanges de Philologie offerts à J.-J. Salverda de Grave*, La Haye, 1933, p. 132 y ss. Compárese la disidente opinión de M. J. Kahn, *La cuestión de los judíos sefarditas*, en *Hora de España*, núm. 3, 1937, p. 24: «El sobrenombre de *cante flamenco* lo crearon los hebreos secretos de España para designar con él los cantes que sus correigionarios emigrados a Flandes (Holanda) podían ejecutar sin miedo a los esbirros de la Inquisición...»

³² Véase, por ejemplo, el siguiente texto de un supuesto buen conocedor del problema, E. Noel, *Señoritos, chulos, fenómenos, gitanos y flamencos*, Madrid, 1916, p. 256: «Separemos, desde luego—aunque, desgraciadamente, no se dé así en la realidad—lo andaluz de lo flamenco y lo gitano. Supongamos, abstraído de ellos, el substrato: lo andaluz ¿qué es? Gracia. Ahora bien: ¿qué significa lo gitano? Gracia también. ¿Y lo flamenco? Gracia asimismo. Su unidad de origen es, por tanto, inquestionable...» [En el reciente libro, falto de todo rigor y autoridad, de F. Fernández de Castillejo, *Andalucía. Lo andaluz, lo flamenco, lo gi-*

desde fuera, al resto de la Península, y como algo que venía ya mezclado e indefinible de la región de origen. Encontramos, en efecto, en *The Zincoli*, de Borrow, testimonios de «aficionados» que, en su trato con los gitanos, habían llegado a conocer perfectamente sus costumbres y maneras y hasta a emplear su lengua con mayor pureza que ellos. La «spurious poetry» de los gitanos, documentada por George Borrow, era producto de los que hablaban un «caló» más cerrado que los propios gitanos, cuya lengua había entrado en pleno proceso de descomposición y no era ya más que una lengua mixta. Schuchardt, en su citado estudio sobre los «cantes flamencos», pudo dar pruebas evidentes de la «gitanización» de muchos cantares, es decir, de cómo el entusiasmo por los gitanos llevó también a traducir al «caló» muchas de las coplas populares que se cantaban en Andalucía. En la «afición» —nombre genérico que se dió a todos estos entusiastas de los gitanos que convivían en el pueblo andaluz— vió Schuchardt uno de los más importantes elementos de integración del «gitanismo» en el «folk-lore» y lenguaje de los andaluces.

No hay que olvidar tampoco que el interés moderno por lo «folk-lórico» en España se inicia en Andalucía. Primero, Fernán Caballero. Luego, el grupo sevillano capitaneado por Antonio Machado Alvarez, *Demófilo*, precisamente editor de los *Cantes flamencos*, que orienta con carácter científico los estudios de «folk-lore», y que publica su *Biblioteca de las*

—ano, Buenos Aires, 1944,] se encuentran afirmaciones como éstas que nos dan, sin embargo, la semántica vulgar de los términos: «Existe una gran confusión en los no conocedores de Andalucía, al oír las palabras andaluz, flamenco y gitano. Para buena parte de éstos, los dos últimos conceptos son uno mismo y hasta hay quien cree que lo típico andaluz es lo gitano...» (p. 160); «Pero el término «flamenco» quedó, y hoy expresa, de un modo *sui generis* sin el menor matiz ofensivo, lo andaluz con tinte agitanado o lo andaluz profundamente caracterizado y típico, como ocurre en el cante hondo. Así, pues, quedamos: en que lo andaluz ni es gitano ni flamenco, sino nativo, o sea español; y en que se aplican como adjetivos las palabras «flamenco» y «gitano» para caracterizar de genuinos, arrogantes y graciosos a los más populares y expresivos cantes y bailes andaluces» (p. 165).

tradiciones populares españolas ^{32 bis}. El interés por la canción popular se despierta con ello, y una buena muestra de ese interés es la monumental edición de *Cantos populares españoles* de Francisco Rodríguez Marín ³³. Este interés por los cantares, y más estrictamente por los de Andalucía, había alcanzado a los poetas. Se ha considerado la publicación de *La soledad*, de Augusto Ferrán, en 1861, como el primer intento consciente de imitar artísticamente las coplas del pueblo. El ejemplo de Ferrán tuvo imitadores y larga descendencia, que llega hasta nuestros días ^{33 bis}. En 1900 pudo Melchor de Palau publicar una extensa colección de *Cantares populares y literarios*, en que los cantares anónimos se mezclan con los de autor conocido. Una de las corrientes consideradas más características de la poesía española del siglo xx es el llamado «neopopularismo» ³⁴. Todo ello arrastró consigo estilos propios del «cante» y, con esto, lo que de «flamenco» pudie-

^{32 bis} Véase A. Guichot y Sierra, *Noticia histórica del folklore. Orígenes en todos los países hasta 1890. Desarrollo en España hasta 1921*, Sevilla, 1922, especialmente p. 161 y ss.

³³ En numerosas ocasiones a lo largo de los cinco volúmenes (Sevilla, 1881-82) se ve obligado Rodríguez Marín a aclarar y explicar voces gitanescas que se dan en los cantares andaluces; véase también otro libro suyo, *El alma de Andalucía en sus mejores coplas amorosas*, Madrid, 1929, en donde hace lo propio. Rodríguez Marín sintió y hasta se rebeló en contra de la invasión del «gitanismo» en el «folk-lore» de su tierra. Véase, en p. 8 del último libro citado, estos versos de su alter ego el Bachiller Francisco de Osuna:

¿Cuándo fueron los cantos populares
de la Bética insigne ese flamenco
que se vende a extranjeros paladares?

.....
¿Sinónimo andaluz es de gitano?

¿O es que el café cantante impone leyes
y borra lo genuino, lo paisano?

^{33 bis} Véase N. Alonso Cortés, *Salvador Rueda y la poesía de su tiempo*, en *Artículos histórico-literarios*, Valladolid, 1935, p. 152 y ss.; véase también la lista bibliográfica de obras escritas a imitación de los cantos populares por poetas de fines del xix y principios del xx en la citada obra de F. Rodríguez Marín, *El alma de Andalucía*, p. 15.

³⁴ G. Díaz-Plaja, *La poesía lírica española*, Barcelona, 1937, p. 185 y siguientes.

ra haber en él, y las voces y términos populares entre los que se filtraban ciertas palabras de «calón». El «cante» ha constituido siempre constante punto de referencia en la elaboración de los temas y formas a que los poetas «neopopulares» habían dado nueva vida. Y el «cante jondo» y su poesía ha seguido también, por su lado, sus tradiciones hasta nuestros días, siendo constante objeto de interés para los españoles todos que han absorbido en él «flamenquismo», «gitanismo», con mayor o menor asiduidad, con mayor o menor entusiasmo, según cada caso particular.

Pero ha habido otras formas de expresión literaria probablemente más eficaces en la difusión del uso de voces de origen gitano. El gusto por las costumbres populares que venían de Andalucía dió lugar también a una literatura dramática costumbrista, que ponía en escena a andaluces y gitanos con su peculiar manera de hablar, con dialectalismos y términos gitanescos. Hemos visto que los gitanos que aparecen en la literatura española antigua, tanto en el teatro como en la novela, no ofrecían más característica lingüística propia que la del «ceceo». Ahora, los gitanos, al calor del «costumbrismo», van a hablar muchas veces como los oían hablar los autores familiarizados con sus costumbres y su lengua en las ciudades y pueblos andaluces. No es que los gitanos hayan quedado reducidos en la literatura española a figuras de la galería «picaresca» primero, o a elementos pintorescos de «andalucismo» después. Habría que hacer un estudio, como los que existen sobre otras literaturas³⁵, sobre la intervención y función de los gitanos en la literatura española, y comprobar así que tampoco faltó en la nuestra el rasgo idealizador en la caracterización de tipos gitanos y el romántico miste-

³⁵ Véase, por ejemplo, W. Ehardt, *Die Zigeuner in der hochdeutschen Literatur*, Allendorf, 1928; F. Baldensperger, *L'entrée pathétique des Tsiganes dans les lettres occidentales*, en *Revue de Littérature Comparée*, XVIII, 1938, p. 587 y ss.; W. Boas, *Die Zigeunerromantik im englischen Roman*, Erlangen, 1929, y H. Wright, *Influence of George Borrow in Norway and Sweden*, en *Modern Language Review*, XXIX, 1934, p. 297 y ss.

rio con que se rodeó siempre a ese pueblo. El caso de *La Gitanilla*, de Cervantes, y el hecho de que haya gitanos en las obras dramáticas más destacadas del Romanticismo español, *Don Alvaro*, del Duque de Rivas, y *El trovador*, de García Gutiérrez, son buenas pruebas de ello^{35 bis}. Pero, desde el punto de vista estrictamente lingüístico, esta literatura dramática regional andaluza de la primera mitad del siglo XIX tiene excepcional importancia. La inexistencia hasta ahora de estudios que establezcan de manera precisa cuáles son los primeros préstamos gitanos de la «germania» y del dialecto andaluz nos hace aún andar a ciegas en muchos puntos. Los más famosos sainetes del siglo XVIII, los de don Ramón de la Cruz, en que hay gitanos, no parecen todavía ofrecer huellas de la influencia del habla genuina propia del «gitanismo». Pero sí los del autor dramático gaditano Juan Ignacio Gon-

^{35 bis} Los estudios especiales sobre *La gitanilla* han tratado de poner de relieve la idealización del tipo de la protagonista y del medio de la novela; véase W. Wurzbach, *Die Preciosa des Cervantes*, en *Studien zur vergleichenden Literaturgeschichte*, I, 1901, p. 391 y ss.; E. Fey, *Das literarische Bild der Preciosa des Cervantes*, en *RHi*, LXXV, 1929, p. 459 y ss.; H. Meier, *Personenhandlung und Geschichte in Cervantes' Gitanilla*, en *Romanische Forschungen*, LI, 1930, p. 125 y ss., etc. El interés romántico por los gitanos en el siglo XIX podía tener otras causas distintas a las del costumbrismo y «flamenquismo» español. En los casos de García Gutiérrez y el Duque de Rivas habría que tener en cuenta paralelos europeos estudiados en las obras citadas en la nota anterior, aunque la tradición española y las aficiones «andaluzas» no fueran ajenas tampoco a la utilización de los gitanos como personajes dramáticos. En otros casos, como en Espronceda, por ejemplo, su compasión e interés por las clases infimas de la sociedad y el pintoresquismo castizo y el «calón» de alguno de los cantos de *El diablo mundo* habrá de relacionarse también con características generales del romanticismo europeo: véase el ideal «bohemio», es decir, «gitano», de vida de los artistas románticos, en M. Kunath, *Bohème, Bohémien und Gesellschaft*, en *Zeitschrift für französische Sprache und Literatur*, L, 1937, p. 470 y ss.; véase la importancia de los individuos del hampa en la literatura romántica, por ejemplo, en M. Ley-Deutsch, *Le gueux chez Victor Hugo*, París, 1936; véase también cómo usan el «argot» o lengua de los maleantes los autores románticos, en N. E. Taube, *Etude sur l'emploi de la langue des malfaiteurs chez les auteurs romantiques*, Uppsala, 1917, etcétera.

zález del Castillo, que, a fines del XVIII, recoge en sus obras mucho del pintoresco ambiente de su ciudad natal³⁶, pululante entonces de gitanos y de gentes, nobles y plebeyos, que los tratan y fraternizan con ellos. En los sainetes de Juan Ignacio González del Castillo encontramos palabras gitanas incorporadas usualmente al lenguaje de los tipos populares y locales que él pone en escena. Posiblemente el mismo González del Castillo no distinguía lo propiamente gitanesco y la «germania» de los bajos fondos andaluces en que generalmente, como en el Cádiz de entonces, predominaban los gitanos³⁷.

³⁶ Véase, por ejemplo, cómo intervienen gitanos en los sucesos de principios del siglo XIX en A. de Castro, *Historia de Cádiz y su provincia*, Cádiz, 1858, p. 589 y s. Véase lo que dice un personaje de uno de los sainetes de J. I. González del Castillo, *El lugareño en Cádiz (Obras completas, II, Madrid, 1914, p. 56)*:

¡Válganos Dios, qué zuidad
jermosa! Aquí hay flamencos,
moros y otras mil naciones,
que al hablar parecen perros...

Puede verse cómo los gitanos inspiraron a este sainetero en el «D'scurso» de A. de Castro, en su edición de *Sainetes de D. Juan del Castillo*, IV, Cádiz, 1846, p. XXV: «Para escribir *El maestro de la tuna* le bastó ver en casa de su amigo y discípulo D. Juan Nicolás Bohl que un gitano le enseñaba el manejo de la capa grana, usada por cuantos señoritos le esta ciudad asistian a la fiesta de toros.» A esta costumbre «flamenca» hace alusión Castillo en otro sainete, *El día de toros en Cádiz*: «Déjame poner la capa a lo caló...» (*Obras*, I, p. 359). El breve estudio de N. González Ruiz & R. Gómez Ortega, *Juan Ignacio del Castillo y el teatro popular del siglo XVIII*, en *Bulletin of Spanish Studies*, I, 1924, p. 135 y ss., no aborda estos problemas.

³⁷ Véase en *Obras completas*, I, Madrid, 1914, p. 111, el siguiente pasaje de *Los caballeros desairados*:

MARQUÉS	Cabal;
	y ahora he mandado a Sevilla por un maestro de lengua germana.
MARIANO	¡Bueno! Y usía la hablará con mucha gracia.
MARQUÉS	Vaya, di una palabrita.
MARIANO	Pues diga usía conmigo: Sosnabelar.
MARQUÉS	(Repitiéndolo.) Ya está dicho: Sosnabelar.
MARIANO	Prajandí maripor.

Pero el léxico gitano es ya abundante en sus obras³⁸. Estos sainetes de González del Castillo y otros textos literarios, todavía poco explorados, podrían contribuir al estudio del vocabulario anterior, en algunos decenios, al documentado por Borrow en *The Zimcali*, corrigiendo o ampliando sus observaciones³⁹. Las historias del teatro español del siglo XIX nos dan, aquí y allá, indicaciones de cómo prosperó el género «flamenco» en las tablas⁴⁰. El éxito de algunas de estas obras teatrales, como las de José Sanz Pérez y otros de sus con-

³⁸ Los gitanismos son abundantes a lo largo de todas sus obras: *endiñar, buchí, najorse, jachares, camelar, chanelar, jonjanas, jonjabar, gachí, gaché, mengues*, etc. Castillo tenía ya la consciencia de que el auténtico ambiente «flamenco» de Cádiz iba a perderse en contacto con la población forastera; véase *Obras*, II, p. 77:

Los extranjeros son causa
de que en Cádiz se aniquile
la majeza...

³⁹ Se trata de un terreno virgen. Los «entremeses» publicados por E. Cotarelo Mori en *NBAE* pueden reservar aun sorpresas, aunque, a primera vista, no se encuentren gitanismos. En una copia de Cotarelo, que he podido consultar en la «Colección teatral» de D. Arturo Sedó, de Diego de Torres Villarroel, *Sainete de los gitanos* (Sevilla, 1744), encuentro, entre palabras de «germania», algunas frases con probables gitanismos: «Vaya de eso que me maro...» Sin haber hecho ninguna investigación especial en este punto, he visto en *Saynete nuevo intitulado: El gitano Canuto Morraja, o El día de toros en Sevilla*, Valencia, 1816 (hay otra edición de 1817), en que puede apreciarse la convivencia de los gitanos y no gitanos y la imitación de aquéllos por éstos («Déjame poner la capa a lo caló...»): Hay gitanismos como *gaché, churí*. Otro *Sainete nuevo titulado: Juan Juye y la propietaria*, Valencia, 1818, que contiene otros: *muy, diñar*. Una hoja suelta, sin año, pero probablemente de los primeros años del siglo XIX, *Nueva Relación del Gitano de Cartagena por un ingenio cordobés*, Valladolid, Imprenta Santarén, tiene otros: *jaluchar, charlar*.

⁴⁰ Véase en E. Cotarelo y Mori, *Historia de la zarzuela*, Madrid, 1934, p. 205 y ss., sobre el éxito de las «zarzuelas de estilo andaluz» entre 1832 y 1848; p. 290 y ss., sobre las bailarinas de género español, de 1842 a 1849. Véase también N. Díaz de Escobar, *Historia del teatro español*, Barcelona, s. a.; y M. Muñoz, *Historia de la zarzuela y el género chico*, Madrid, s. a., p. 132 y s.; p. 224 y ss.; y las múltiples alusiones de la reciente obra de J. Deleito y Piñuela, *Origen y apogeo del género chico*, Madrid, 1949.

temporáneos, familiarizados con el ambiente y el lenguaje de los barrios gitanos de Cádiz, Málaga, Sevilla, Córdoba y otras ciudades andaluzas, pusieron en circulación gran número de gitanismos y hasta recogieron el «caló» cerrado, que todavía se hablaba por algunos, en ciertos sitios, valiéndose de él como recurso cómico⁴¹. Hasta los autores de más nombradía

⁴¹ Véase sobre el éxito de Sanz Pérez las memorias de L. Montoto y Rautemstrauch, *«En aquel tiempo...»*, Madrid, 1929, p. 169: «Se ve en su teatro el retrato de cuerpo entero de una clase social que, aunque limitado a las capas más ínfimas, ha influido lo bastante para tener imitadores en otras esferas más elevadas donde estuvo de moda el *flamenguismo*». F. Sánchez del Arco, otro conocido cultivador del género, da abundantes ejemplos de cómo podía usarse el «caló» cerrado para producir situaciones cómicas. Muchos no entendían el lenguaje de los «flamencos»: Diego, en *«Es la chachi!!!»* (2.ª ed.), Cádiz, 1847, p. 10, dice a quien le habla como los «gachés»: «Si quieres conmigo hablar / ha de ser en castellano... / que ese lenguaje villano / me ha de hacer deses- perar». En p. 29, entre Antonio y Carolina, se da una situación parecida. Hay una canción en *caló* que se traduce después:

Trincho lo sos te camelo,	Que te quiero de modo
jiril de orchí,	dueño del alma,
so enrén poste terelo	que aquí dentro del pecho
yes cañamí.	tengo una fragua.

En otra de sus obras, *La sal de Jesús*, Cádiz, 1847, p. 17, se da el siguiente diálogo:

Jos. Tu atiende
que el manrolen
sóra, borbora sora
sos ne canlen.

FRANC. Qué...?

Jos. Que aunque duro,
el pan duro más vale
que no ninguno.

En otra, *Tal para cual o Lola la Gáditana*, Cádiz, 1851, p. 23, se canta una copla que se traduce también más tarde:

Los cañises guiyabando	Las gallinitas cantando
urdiflan pele: ¡chipé!	ponen los huevos, chipé!
y las rumises cayando	y las mujeres callando
urdiflan jinglé de olé.	ponen los... comprendes, pues!

Compárese J. Sanz Pérez, *El tío Caniyitas o El mundo nuevo de Cádiz* (2.ª ed.), Madrid, 1864, p. 17:

Si me dicas en la olichá
ne-me pendela un divé,
majanales de los tarpes
abiyelan sonsi-ré.

y mérito literario, como Bretón de los Herreros, que protestó del «gitanismo» imperante, parece haber acabado por usar las voces de «caló» que los autores teatrales de su época habían lanzado⁴². Pero el público que había aprendido algunas de esas palabras en las obras de ambiente andaluz debía seguir absorbiendo el lenguaje del «gitanismo» en otras. La «flamenquización» de los barrios bajos madrileños y el triunfo de la «chulería» en la escena contribuyeron también, desde

⁴² G. Le Gentil, *Le poète M. Bretón de los Herreros et la société espagnole de 1830 à 1860*, Paris, 1909, p. 196, observa: «Un autre danger le menaçait: l'abus de la langue verte... Ramón de la Cruz avait copié en artiste les incorrections madrilènes, avec mesure toutefois, car il respecte le plus souvent la forme usuelle des mots. Les contemporains de Bretón, moins scrupuleux, raffolent du patois andalous. *Le Solitaire* collectionne les bizarreries pittoresques, dépassé bientôt par Andueza, Rodriguez Rubi, Manuel de Azara, ses disciples. On se pique, raffinement qui devait enchanter G. Borrow ou Prosper Mérimée, de s'intéresser à l'école des Bohémiens. Le caló devint un régal de lettrés. L'impeccable Somoza, oubliant ses principes, compose un *romance gitanesco*. Cette passion subite allant causer tels ravages au théâtre... que Bretón, rencontrant sur son chemin l'opérette après l'opéra, fut l'un des premiers à se déchaîner contre le flamenquisme encombrant». Le Gentil cita, en efecto, un texto significativo de Bretón:

Mostrad una y dos veces y catorce
que sin caló y sin crápula y desgarro
sobra la ática sal a nuestra gente

Habla de mis abuelos, rica y noble,
limpia, sonora, ¡oh, cómo te pervierte
la atrevida ignorancia a paso doble!
La jerga gitani!, ¡oh, dura suerte!,
y de París la frase o de Grenoble,
conspiran de consuno a darte muerte.

Pero, pese a ello, Bretón parece haber sucumbido a los usos reinantes. Le Gentil, p. 197, nota 3, dice: «Je n'ai relevé, chez Bretón, comme emprunt à la langue des gitans, que *morroño* dans le sens de *gato*». Pero W. J. Knapp, en su citada biografía de Borrow, I, p. 325, observa que en la poca conocida obra de Bretón, *La independencia*, hay una serie de palabras gitanas que, con su pasión por su biografiado, hace originar en el vocabulario de *The Zincafi*. También Bretón cayó en el «gitanismo» lingüístico jergal en algunas de sus poesías escritas al estilo «flamenco» o «chulesco»: Véase *Obras*, V, Madrid, 1884, p. 220 y ss.

mediados de siglo, a difundir los gitanismos entre un público muy aficionado a este tipo de teatro costumbrista madrileño. Los «chulos»⁴³ de los sainetes de López Silva, de Carlos Arniches y muchos otros, casi en nuestros días, tienen una larga genealogía en el siglo XIX⁴⁴. Su «argot» tiene mucho de gitanesco⁴⁵, tanto por la contribución «flamenca» como por los

⁴³ Sobre la semántica popular, un tanto arbitraria, de *chulo*, y su relación con los gitanos, véase el capítulo IV, sobre «manolos y chulos» de F. de Sales Mayo, *La chula* (2.ª ed.), Madrid, 1872, p. 23 y ss.: «*Chulo* es una palabra tomada del gitano. No es fácil fijar la época en que la palabra *chulo* se aplicó a los toreros, pero debió ser desde el tiempo en que terminada la brutal persecución contra los gitanos, diestros caballistas y listos corredores, comenzaron a tomar parte en la lidia de los toros... Pero posteriormente, y sin que en ello hayan intervenido los gitanos, se ha llamado *chulo* al antiguo rufián... En cualquiera de las dos significaciones, como diestro de plaza, como querido de ramera, ¡qué diferencia tan notable entre el moderno chulo y el antiguo manolo!». La identificación o confusión entre los usos «andaluz» y «madrileño» de «gitano», «flamenco», «manolo», «chulo», y sus femeninos, y las acepciones de «rufián», «matón», «coima», etc., se hacen evidentes en algunos textos: Compárese P. Escamillo, *Por lo flamenco...*, Madrid, 1875, p. 11 y ss.: «Esas hembras necesitan / un hombre de corazón... / que se tercié la pañosa... y cante por lo flamenco / con honra y tapada voz... / Creo que vengo flamenco / y que el traje no está mal... / ¡Viva la gracia y la sal! / si del calañé y la capa, / y este aire de calavera / se forma un mozo de chapá»; R. Sepúlveda, *Las botas*, Madrid, 1876, p. 170: «La manola de hoy es chula / muy terrible si se amosca; / domina el cante flamenco / y habla *caló* a todas horas...»; L. Esteso, *Diálogos y entremeses* (4.ª ed.), Madrid, s. a.: «Ya estamos en la plaza: muy ceñíos, muy chulos y con mucho miedo...» (p. 15); «Ahí están juntos la gracia / madrileña y el salero / de las mujeres gitanas» (p. 68); «la chulapa más gitana del barrio» (p. 55); «Los dos somos chulapos / de la calle de Toledo / de los que no tienen miedo / ni a los valientes más guapos» (p. 61); etc. El «andalucismo» de la «chulería» madrileña lo veía hasta en su fonética J. Cejador, *Cintarazos*, II, Madrid, 1927, p. 49: «Dé Andalucía, tierra de los chulos, vino a Madrid, tierra de los chulapos y de las majas, que hay que considerar como una rama nacida en aquel tronco recio...» Salillas, en los libros y lugares citados, intentó ya explicar estos contactos e identificaciones.

⁴⁴ Véase el estudio sobre López Silva en N. Alonso Cortés, *Quevedo en el teatro y otras cosas*, Valladolid, 1930, p. 45 y ss.

⁴⁵ Recuérdese el texto citado en nota 43 de R. Sepúlveda, *Las botas*, en que se dice que los chulos hablan «caló». Compárese lo que

gitanismos que habían penetrado en la jerga delincuente y carcelaria que hablaban los golfos y granujas de la Corte. Si en esa pintoresca literatura dramática se reflejó y recogió mucho de ese «argot», el dominio y el virtuosismo de lo jergal y lo «flamenco» por parte de autores como López Silva y otros, no pudo menos de influir en el lenguaje de las clases populares, y hasta en el vocabulario de todos los españoles⁴⁶. La persistencia de estos tipos y de estos temas en las tablas (gitanos andaluces y chulos madrileños) hasta nuestros días y el constante favor que les ha dispensado el público, pueden contribuir a explicar por qué las voces de origen gitano han penetrado tan profundamente en el español hablado y hasta en expresiones de una literatura más digna de tal nombre que la

dice J. López Silva, *La Musa del arroyo*, Madrid, 1911, p. 111: «No eres chulo porque digas / en tu rufianesco argot...» Las palabras que dicen los chulos son casi todas de origen gitano. Véase también lo que el propio López Silva, *Los Madriles*, Madrid, 1896, p. 6, dice en su «autobiografía»: «Soy, porque Dios lo quiere, / madrileño hasta la médula, / pero me cargan los chulos / y lo cañí me revienta...»

⁴⁶ En el estudio citado sobre López Silva de N. Alonso Cortés, p. 79 y s., se observa: «Respecto al lenguaje empleado por los chulos de López Silva, aunque en este punto hubo en realidad muchos que no desmintieron al poeta, antes bien fueron más allá en lo pintoresco del léxico, bien podemos afirmar que aquí hubo influencia recíproca. López Silva tomó de boca del pueblo frases, modismos y timos, y los llevó a sus versos, aumentándolos con muchos de su propia cosecha, que a su vez pasaban al pueblo». En p. 114 y s. recoge juicios de Cejador y Gómez de Baquero sobre el mismo particular. Este último escribió: «En realidad ha habido un flujo y un reflujo. Los chulos de sainete han influido en el lenguaje popular...; mas el sainetero, al estilizar y al caricaturizar a veces la jerga popular urbana de los barrios bajos, tomaba de la realidad la primera materia. El colorido de un habla escénica estaba formado con ingredientes populares». Habría que estudiar el lenguaje de otros dramaturgos y saineteros; véase, por ejemplo, las tentativas de E. Pérez, *Algunas voces sacadas de las obras de los Alvarez Quintero*, en *Hispania*, XII, 1929, p. 479 y ss.; y F. López Estrada, *Notas del habla de Madrid. El lenguaje en una obra de Carlos Arniches*, en *Cuadernos de Literatura Contemporánea*, 9-10, 1945, p. 261 y ss. Muchas de las observaciones generales sobre su lenguaje y vocabulario podrían aplicarse al problema de la incorporación de gitanismos al español popular.

del mero teatro cómico. La abundancia de textos del siglo XIX y contemporáneos sobre esos asuntos y con esos términos que he utilizado en mis estudios viene a demostrarlo.

Habría que tomar en consideración otras muestras del género «costumbrista» para documentar la afición a lo «flamenco» y seguir paso a paso la presentación de los gitanismos. Los «cuadros de costumbres» pueden constituir un buen fondo de materiales. Las *Escenas andaluzas*, de Serafín Estébanez Calderón, escritas por un buen conocedor de los medios «flamencos» y en un momento favorable al «andalucismo», contienen voces gitanas, pese a ser su autor un estilista cuidadoso y un gran conocedor e imitador de los clásicos⁴⁷. Pero otras colecciones de «cuadros» pueden proporcionar igualmente gran riqueza de vocablos gitanescos con que los escritores querían ambientar los «cuadros» y hacían gala de poner en boca de los tipos sociales que presentaban o describían el lenguaje propio de los mismos⁴⁸. La prosa y el verso al-

⁴⁷ Véase lo que acerca del «gitanismo» de *El Solitario* se recoge en mis estudios *Gitano-andaluz* «*Devel, Undevel*» y *En torno a una frase en «caló» de Don Juan Valera*.

⁴⁸ Se impone una exploración sistemática de las colecciones catalogadas por C. M. Montgomery, *Early Costumbrista Writers in Spain 1750-1830*, Philadelphia, 1931; y W. S. Hendrix, *Notes of Collections of Types, a Form of «costumbrismo»*, en *Hispanic Review*, III, 1933, p. 213 y ss. Véase también el resumido artículo de E. Correa Calderón, *Los costumbristas españoles del siglo XIX*, en *Bulletin Hispanique*, LI, 1949, p. 291 y ss.; y el discurso de S. González Anaya, *Los costumbristas malagueños*, Málaga, 1948. En una de esas colecciones, *Los españoles pintados por sí mismos por varios autores*, Madrid, 1851, por ejemplo, se encuentran pruebas de ello. En *El torero* por Tomás Rodríguez Rubí; en *El presidiario* por Bonifacio Gómez; en *La gitana* por Sebastián Herrero; y en *El calesero* por J. Martínez Villergas, hay abundante vocabulario gitanesco mezclado con la jerga del hampa. Véanse algunos pasajes: «Lez conzedez muy poca chichís»; «maz zoni-che... naide zabe lo secretoz del d'vel» (*La gitana*, p. 119); «Y pa que sea el quelar completo, yo poquínelo el resto... se va a asinar una chaqueta muy varil que sinela laché»; «No hay que tenelar duca. Llegue yo a sicobar y luego birgindelen correlos; que os puedo chivar mejor que el poráquero. Sobre tó el que sea mamis que se pível conmigo» (*El presidiario*, p. 126 y 128); «a una já con su gaché» (*El calesero*, p. 241).

ternaban en muchas de esas colecciones, y también una poesía de tipo narrativo y ambiental se desarrollaba al margen de los «cantares» escritos por aquellos que seguían la tradición de los populares andaluces. Las *Poesías andaluzas*, obra juvenil de Tomás Rodríguez Rubí, publicadas en 1841, son tal vez el ejemplo más conocido y renombrado en esa dirección, pero el género debió encontrar gran difusión y éxito en hojas volanderas y pliegos de cordel que divulgaban por calles y plazas los cantables de las zarzuelas «flamencas», «romances» andaluces y otras composiciones similares⁴⁹. Asimismo la novela recogió en ocasiones el costumbrismo «flamenco» y utilizó su ambiente y el lenguaje de aquel medio, poniendo también en circulación palabras gitanas⁵⁰. Y el to-

⁴⁹ Véanse algunos ejemplos: *El gitano* (núm. 19), Reus, 1849: «Si menda llega a dicar / algun currio, algun bato / que le pene con boato / y le gaga esmerelar / men le rayará la fila / cuando mulé no le diñe / que a menda sólo sodiña / la chabona del lugar»; *Colección de canciones sandungueras* (núm. 222), Madrid, 1857: «Me las guillo de un boleo / y me najo a otro lugar» (*El capeador de toros*); «Vaya jembra es mi rumi.» (*El mosito del barrio*); *Colección de canciones andaluzas* (núm. 219), Madrid, 1856: «He de zacar mi curri / zi Dioz lo contrario manda / para romper la chichi / al desventurado randa / que camela a mi rumi» (*La zal de la canela*); *Colección de canciones modernas* (número 234), Madrid, 1854: «Too lo dica la Gitana / chachipé! / venga el unto y el parné» (*Graciosa canción de la gitana*); *Colección de canciones populares* (núm. 204), s. l., s. a.: «Lo que ñasco bien lo suo; / vivo y jalo sin parar; / ...que después de esta faena / quio contigo chanelá...» (*El salinero andaluz*). En el librito del costumbrista andaluz R. Franquelo, «*Cuentos, mentiras y exageraciones andaluzas*, I, Madrid, 1853, p. 13, se lee la siguiente nota: «Como algunos escritos han dado en la manía de desfigurar el dialecto andaluz apropiándole palabras del gitano que de ningún modo le pertenecen, debo advertir que las formas cuyo significado oscuro explico en estas notas, son usadas comúnmente por el pueblo de Andalucía, y ajenas de todo punto al dialecto gitano que no es de este lugar». Pero en sus poesías hay gitanismos: *jachares, lacha, gachón*, etc.

⁵⁰ Véase, por ejemplo, M. Fernández y González, *Toros y cañas. Novela flamenca*, Madrid, 1885. Sobre el vocabulario que en ella se emplea es significativo el siguiente texto: «Se soltaron exclamaciones cuyas palabras no se encuentran en el diccionario, palabras lanzadas sin miedo, y oídas sin extrañeza, lo flamenco, en fin, de lo flamenco» (pá-

reo, la fiesta «flamenca» por excelencia, no sólo hizo popular el «flamenquismo», sino que contaminó con «caló» el estilo y los tecnicismos empleados por la crítica taurina⁵¹.

Una rebusca aun más intensa de materiales en el complejo conjunto de expresiones del «flamenquismo» no podría llegar a darnos más que una idea parcial y pálida de la influencia de éste. Pálida, porque mucho de esa literatura se ha perdido, o nos resulta inasequible, y lo que se ha conservado, o podemos estudiar, constituirá sólo una pequeñísima parte de lo que contribuyó a difundir los términos gitanescos. Y parcial, porque aquello con lo que contamos para rehacer y reconstruir las aficiones «flamencas» y el vocabulario de los gitanos, y de los que de éstos aprendieron, es simple reflejo de lo mucho que en la realidad cotidiana sucedía, aunque, en ocasiones, fuera también camino de expansión de esas mismas aficiones «flamencas» y un buen medio de difusión de voces gitanas. Los tablados de los cafés cantantes, el baile, el toreo, el «cante jondo», las juergas al estilo andaluz, el coqueo en tabernas y colmados, el teatro costumbrista y todas las demás manifestaciones literarias que documentan, representan o reflejan el ambiente andaluz o el de la «chulapería» madrileña influido por éste son, a un tiempo, exponente de una manera de vivir de algunos españoles y conformación de un estilo de vida que sedujo a muchos de ellos. El «flamenquismo» es un fenómeno polifacético difícil de definir incluso para aquellos que lo denigraron y combatieron, pero ha sido sentido y denunciado por muchos en sus varios aspectos y causas. En ese ambiente «flamenco» que domina en España, a lo largo del siglo XIX, desde que la «majeza» setecentista se abrió camino en esferas más amplias de la población, llegando hasta las capas más

gina 14). Otro significativo ejemplo de cómo se usan los gitanismos: «Tú no te has hecho todavía flamenca; pero descuida de que si sigues así por el camino que vas, tú te harás flamencota puratí, y sabrás que los flamencos, esto es, los gitanos, le llaman al verdugo buchí» (p. 184).

⁵¹ Véase J. M. de Cossío, *Los toros*, II, Madrid, 1947, p. 558.

altas, prosperó la jerga gitana, que no era ya patrimonio único de los gitanos, sino de todos aquellos que se sentían «flamencos», o que se acercaban a las diversiones populares teñidas de andalucismo o a las maneras de vivir de ciertos medios plebeyos. No sabemos si «lo flamenco», en toda su complejidad, o en ciertos aspectos suyos, pertenece por completo al pasado. Un hecho que hoy podemos ya historiar es su apogeo en el siglo XIX, y su persistencia aún a principios del siglo XX. Es indudable que ha habido ciertos periodos en que se ha hecho sentir con más intensidad como moda dominante. Pero es indudable también que ciertas formas del «flamenquismo» no han desaparecido de la vida española contemporánea y que la afición al toreo, al «cante» y al «gitanismo» siguen vivas. Pero aunque todo ello desapareciera absolutamente, la huella perenne de ese pasado «flamenco» serían las palabras gitanas incorporadas para siempre a la lengua española.

No resulta difícil, como hemos visto, recoger textos que documenten el ambiente en que esa incorporación tuvo lugar. Cualquiera podrá aumentar su número fácilmente dando a conocer algunos otros de especial importancia. Es, sin embargo, necesario dar ciertas muestras significativas de cómo vieron la triunfante «flamenquización» del ambiente algunos de sus más ilustres contemporáneos para acabar de historiar y explicar la profusión de voces gitanas en el español coloquial. *La Andaluza «flamenca» o «caló» p. 100 y 101*

Ya señalamos el testimonio de Borrow sobre la afición al gitanismo, y el complementario estudio de Schuchardt en que se demuestra la afición a los gitanos, que hacía que los «cantaos» andaluces no gitanos se sintieran gitanos y tradujeran al «caló» muchos de los cantares propios. Señalamos igualmente la «gitanización» del señorío, especialmente en Andalucía, a fines del siglo XVIII, tal como lo hacen patente muchas obras teatrales. Y también cómo el teatro costumbrista andaluz y la poesía andaluza triunfaron en la escena y en las preferencias de los españoles hacia mediados del siglo XIX. Pérez Galdós ha dejado, en uno de sus *Episodios*

Nacionales, un cuadro vivo de esas aficiones y entusiasmos, que él conocía a través de las fuentes de la época. Se trata de un «episodio» en que las «niñas reales», Isabel II y su hermana, son presentadas en medio del ambiente de la Regencia de Espartero. La moda andaluza; ha llegado hasta Palacio. Estamos en octubre de 1841:

Con algunos personajes que por razón de su proximidad a las reales personitas las trataban con relativa confianza, subsistió la travesura de los apodos después de conocidos los nombres, y en este caso se hallaba el gentilhombre don Mariano Díaz de Centurión, a quien pusieron el mote de *Don Chepe*, que habían aprendido en unos versos andaluces de Rubí y Andueza. Hállabase entonces muy en boga el género andaluz, escenas de mujeriego, guapezas de contrabandistas, amores y navajazos, con ceceo y habla macarena. Las niñas sabían de memoria trozos de esta literatura, y en ella encontraron el *Chepe*, que aplicaron a una persona ceceosa, dicharachera y un poquito cargada de espaldas...⁽⁵²⁾

La Infanta Luísa recita de memoria uno de los «romances» ceceosos, y Centurión promete traerle otro. El mismo Centurión es un buen ejemplo de «señorito» que «se había pasado la juventud, sin sentirlo, en los ocios corruptores de las villas andaluzas: *zambros* y *jaleos*, *peladuras de pava*, *cañas* y *toros*, *meriendas* y *timbas*.»

Estas aficiones no debían morir. Ya vimos cómo las historias del teatro indican un constante interés por esos temas. Otros testimonios invocados revelan asimismo que las gentes escuchaban, leían o veían cantares andaluces, novelas y poemas y obras dramáticas de ambiente «flamenco» en los años sucesivos. Hacia 1880, el «andalucismo» debía triunfar de nuevo. El poeta José Zorrilla, que había escrito también, siguiendo la moda de la época, algún poema como *El Contrabandista*, huye de un Madrid «flamenco» y «chulo», en el que se ahoga:

⁵² Los *Ayacuchos* (*Episodios Nacionales*, 3.ª serie), Madrid, 1920, p. 27 y ss.

El 27 de septiembre de 1882, harto de andar en Madrid tras de mí todavía no acordada y prometida pensión; harto de zarzuelas sin música y sin poesía, de toros muertos a volapié después de diez pases de pecho, diez de telón, diez arrastrados y diecisiete incalificables, por celebridades taurómacas para quienes fueron niños de teta desde Romero y Costillares hasta Montes y el Chiclanero; harto de los berridos de gañotillo, los meneos de lupanar y los salvajes pateos de lo que se llama *cante* y *baile flamenco*; harto de todo el gárrulo ruido de discursos y guitarreros y del ardillico movimiento y bárbaro tecnicismo de lo chulo que hoy priva, y harto, en fin, de espadistas y rateros sueltos, todo lo cual compone la espuma del vicio tolerado por la justicia y mimado, celebrado y caído en gracia, constituye la base del carácter de nuestro pueblo y que los españoles somos el más gracioso del universo, me acordé...⁵³

(El mismo Zorrilla, en sus *Recuerdos del tiempo viejo*, reconstruye la *Historia de mi condiscípulo Aurelio Rico de Oropesa*, un caso típico de la época. En 1878 vuelve, después de muchos años, a ver a ese viejo amigo. Le cuenta su vida y milagros. Los toros y la lotería, las «dos únicas flaquezas» de Aurelio, le han puesto al borde de la ruina y se han convertido en obsesión y locura. A lo largo de su conversación con el poeta, recuerda cuando iba a la plaza de toros de Madrid con Zorrilla y otros amigos literatos, y también cómo fué empeorando en sus «aficiones» hasta llegar a los extremos en que se ha visto:

Y la verdad es que a los toros era imposible dejar de ir, porque el *Enano* traía unos artículos tan llenos de sal como de novedades; y comenzaba a llamar a la res cornúpeto, y alenayas a los caballos y barbienes a los chulillos, y hablaba de guasa y de camelo, y de qué sé yo cuántas cosas que no encontraba yo en los diccionarios que tú dejaste, y que me dijeron que eran todos oriundos de Málaga; de modo que yo tenía ya envidia hasta de los que volvían de aquél presidio, porque entendían aquella jerigonza. Pues anda que después vino lo flamenco, y los cantores, y los zapateadores, y los palmeadores y los pateadores, y ¡olé! fué Madrid la hospedería de la risa y el almacén de la alegría y el ruido del universo.

⁵³ «Prólogo del autor a *El cantar del romero* (*Obras completas*), II, Valladolid, 1943, p. 287.

Zorrilla, que deja aquí vivo testimonio de «aflamencamiento» de las costumbres y de la «gitanización» del vocabulario del «flamenquismo», termina achacando la culpa de todo ello a que «tomamos por expresión de la gloria y del carácter nacional, el espectáculo de los toros, y por arte, lo flamenco»⁵⁴.

Algo más tarde, el catedrático de la Universidad de Oviedo, don Leopoldo Alas, hace un breve viaje a Madrid. «Clarín», preocupado por la decadencia del teatro español, escribe, en 1886, con desconsuelo, sus impresiones de ese viaje:

Quando yo me marché de Madrid hace tres años predominaba, si no en el arte, donde debiera estar el arte, el género flamenco: en los carteles de los teatros se leía: ¡Eh, eh, a la plaza!, Torear por lo fino, y cosas así, todo asunto de cuernos, chulos y cante; vengo ahora y me encuentro con cante, chulos y cuernos; los carteles dicen: ¡Viva el toreo!, ¡Olé tu mare!, y gracias por el estilo⁵⁵.

La época de la Restauración parece haber vivido un nuevo renacimiento del «flamenquismo» en todos sus aspectos. Hablando del «donjuanismo», propio de la época, doña Blanca de los Ríos Lampérez escribe:

Además de tenerse muy en cuenta que el flamenquismo taurófilosentimental y la chulapería romántica, abigarrado amasijo de todas las formas degenerativas de nuestra españolería andantesca, estaban entonces en su apogeo, el valor legendario resolvióse en bravuconería y matonismo; las orgías de los

⁵⁴ Obras completas, II, p. 2.027 y 2.034.

⁵⁵ Un viaje a Madrid («Folleto literario», I), Madrid, 1886, p. 20. J. Deleito y Piñuela, ob. cit., p. 463, dice: «Torear por lo fino —ya lo indica su nombre— era una contribución más a la epidemia flamenco-tauromáquica que, siendo crónica en nuestro país, estaba singularmente agudizada por la década del 80, como dije en capítulos anteriores». En p. 455, refiriéndose a «¡Eh!... ¡A la Plaza!», habla del primer cuadro de la obra como de «una crítica de la «flamencomanía» que del 80 al 90 estuvo en todo su auge en Madrid», y en p. 458, atribuye uno de los motivos de su éxito a: «el exhibirse, bien dosificados, los mismos elementos flamencos y taurinos que se pretendían satirizar, pero los cuales ofrecíanse a un público que se pirraba por ellos».

melenudos degeneraban en juergas de colmados; las Jarifas esproncedianas en hembras de pañolón, a la espada caballe:il sustituiase la navaja canallesca, a la lira, la guitarra; a la estrofa, el jipio; y en todo, en el traje, en el aire personal, en el habla introdujose y abrió surco la avenida flamenco-tauromáquica, que constituyó género en el teatro por horas y en cuadritos y panderetas de los que pagan los ingleses. El flamenquismo era, pues, moda, fiebre, sugestión de aquellos días y venía a ser como el espaldarazo —más propiamente—, la alternativa en donjuanismo...⁵⁶.

Un buen tipo de estos Don Juanes «flamencos» nos pinta, a las puertas de la Restauración, Benito Pérez Galdós, en su novela *Fortunata y Jacinta*. Juanito Santa Cruz pasó por la enfermedad de la época, que iba, sin embargo, a dejar en su carácter de niño mimado bastantes resabios:

La perspicacia de la madre creyó descubrir un notable cambio en las costumbres y en las compañías del joven fuera de casa, y lo descubrió con datos observados en ciertas inflexiones muy particulares de su voz y lenguaje. Daba a la *elle* el tono arrastrado que la gente baja da a la y consonante; y se le habían pegado modismos pintorescos y expresiones groseras que a la mamá no le hacían maldita gracia... Y lo que Barbarita no dudó en calificar de encañallamiento, empezó a manifestarse en el vestido. El delfín se encajó una capa de esclavina corta con mucho ribete, mucha trencilla y pasamanería. Poníase, por las noches, el sombrero povero, que, a la verdad, le caía muy bien, y se peinaba con los mechones ahuecados sobre las sienes. Un día se presentó en la casa un sastre con facha de sacristán, que era de los que hacen ropa ajustada para toreros, chulos y matachines; pero doña Bárbara no le dejó sacar la cinta de medir y poco faltó para que el pobre hombre fuera rodando por las escaleras...

Santa Cruz reconstruye luego, durante su viaje de novios, la vida misteriosa de ese periodo de su vida que tanto interesaba a su madre. El dinero largo de Juanito y su amigo Villalonga se gasta en «juergas y cañas» con Izquierdo y un picador, y allí no se hacía otra cosa que «beber, palmo-tear, tocar la guitarra, venga ahí, comer magras». El efec-

⁵⁶ Madrid goyesco (Obras completas, V), Madrid, 1912, p. 12.

to de unas cañas de manzanilla, bebidas en Triana, durante su luna de miel, sueltan la lengua del «delfín» sobre su comportamiento con «la Pitusa». «Estaba encanallado —dice a Jacinta—; era yo muy cañí..., eso quiere decir *gitano*, vida mía.» En la confesión de su pasado se entremezclan, con el recuerdo, los términos gitanescos que entonces debían ser el pan nuestro de cada día para Santa Cruz: *garlochín, chavala, najabao, cambri*..., que demuestran bien el conocimiento de Galdós del vocabulario «flamenco» de los señoritos juerguistas de la época⁵⁷.)

La moda «flamenca» se extendió por toda España. Emilia Pardo Bazán revela en una de sus novelas, *Insolación*, cómo esas costumbres habían alcanzado su nativo rincón gallico, donde se respiraba el mismo «flamenquismo» de los tiempos que en otras partes:

En Marineda ya se llena la plaza y se calientan los cascos igual que en Sevilla o Córdoba. Los cafés flamencos hacen furor; los cantaores traen revuelto al sexo masculino; se han comprado cientos de navajas, y lo peor es que hacen uso de ellas; hasta los chicos de la calle se han aprendido de memoria el tecnicismo taurómico; la manzanilla corre a mareas en las tabernas marinedinas; hay sus cañitas y todo; una parodia ridícula, corriente; pero parodia que sería imposible donde no hubiese materia dispuesta para semejantes aficiones. Convénzanse ustedes, aquí en España, desde la Restauración. Maldito si hacemos otra cosa más que jalearnos a nosotros mismos. Empezó la broma por todas aquellas demostraciones contra don Amadeo; lo de las peinetas y mantillas, los trajecitos a medio paso y los caireles; siguió con las barbianerías del difunto rey, que le había dado por lo chulo, y claro, la gente elegante lo imitó, y ahora es ya una epidemia, y entre patriotismo y flamenquería, guitarra y canto jondo, panderetas con madroños colorados y amarillos, y abanicos con las hazafías y los retratos de Frascuelo y Mazzantini, hemos hecho una España bufa, de tapiz de Goya y sainete de don Ramón de la Cruz. Nada, es moda, y a seguirla...⁵⁸

⁵⁷ *Obras completas*, V, Madrid, 1942, p. 42, 53 y 59 y ss.

⁵⁸ *Obras completas*, VII, Madrid, 1911, p. 23 y s. A. Velasco Zazo, *El Madrid de Fornos*, Madrid, 1943, p. 45 y 77, hace referencia al ambiente «flamenco» del famoso café de la época: «En los espejos de For-

Don Juan Valera dejó en su obra testimonios abundantes acerca de la «flamenquización» del habla y de las costumbres que él vió persistir, y hasta progresar, a lo largo de sus muchos años⁵⁹. En la Restauración vió culminar el triunfo de «lo flamenco» y la popularidad de «lo chulo», y pudo Valera presenciar también el éxito e influencia del «género chico» y la trascendencia de los términos del «flamenquismo» hasta las esferas más elegantes de la sociedad madrileña. He aquí cómo juzgaba estos fenómenos del tiempo hacia el final de su vida:

Los saineteros abundan y algunos de ellos, como Ricardo de la Vega, Javier de Burgos y Vital Aza, son ingeniosos y graciosos en la pintura de la más inferior clase media y de la clase baja. Esta literatura, que sin el menor propósito de ofender a los que en ella se emplean puede en muchas ocasiones calificarse de *tabernaria*, trasciende del teatro a la narración en prosa y verso, aspirando a competir y tal vez compitiendo con éxito con las antiguas novelas picarescas y con las jácaras y romances de germanía. El hampa, la vida rufanesca, las casas de Tócame Roque y del señor Monipodio, todo aparece hoy con nuevas formas y versiones hasta en los chistes y frases de los *barbianes*, *chulos* y *chulapas* y de las demás personas que no sé por qué se llaman *flamencos*. En la misma buena sociedad o en la que de tal se jacta, han penetrado no pocos giros de la mencionada jerigonza...

Si en el día de hoy escribiésemos sainetes donde se imitase fielmente el lenguaje de *gomosos*, *cremosos* y *golfos*, de las clases elegantes y de los *chulapos*, es casi seguro que nadie los entendería dentro de un siglo como el modo de hablar no persistiese, lo cual no es probable. Por el lado chulo se han inventado mil frases nuevas, como de germanía, y por el lado cremoso se han introducido en el castellano un enjambre de voces, en su mayor parte inglesas, que lo desfigurán. En muy

— nos reflejaron los rostros de infinitos personajes. En primer término, las patillas inconfundibles de Alfonso XII, el rey flamenco...»; «A Fornos iban a tomar chocolate por las tardes las damas con mantilla del Madrid flamenco de Alfonso XII...»

⁵⁹ Véase mi estudio *En torno a una frase en «caló» de Don Juan Valera*.

lindas bocas, se combinan a veces lo cremoso con lo chulo, resultando endiablada mescolanza...⁶⁰

Estas, al parecer, justas observaciones de Valera acerca de cómo se entreveraba «lo flamenco» y lo extranjero en las costumbres y el lenguaje de la alta sociedad madrileña, que él tan bien conocía, pueden referirse no únicamente al momento que eso escribe. Seguramente este hecho se dió lo mismo al terminar el siglo XIX que decenios antes. Un buen ejemplo de cómo pudieron entremezclarse en el «argot» de los señoritos madrileños expresiones «aflamencadas» y extranjeroizantes encontramos en un caso típico presentado por el Padre Luis Coloma, en su novela *Pequeñeces*, en que satirizó, con conocimiento de causa, costumbres de entonces. El que va a ser luego marido de Currita Albornoz, el marqués de Villamelón, fué un libertino, como eran libertinos otros muchos de sus contemporáneos:

Su libertinaje era aquel otro libertinaje tan común en España entre los jóvenes de alta alcurnia; mezcla extraña tipo híbrido del manolo y del *sportmen*, del gitano y del *muscadin*, que se diría nacido del antitético matrimonio de un toro andaluz con una *soubrette* parisiense. Harto al cabo de chulas y de *lorettes*, de toros y de *handicaps*, de manzanilla y de *champagne*, de callos y de *foie-gras*, resolvió a los treinta años *dar fin*; esto es, casarse...⁶¹

⁶⁰ *Obras completas*, Madrid, s. a., XXX, p. 216 y ss.; y XLIII, p. 78. Valera aludió en varias ocasiones a la inclinación al «flamenquismo» de los españoles y al exagerado «andalucismo» en la literatura: «Es innegable que nosotros mismos con nuestra afición, fingida a veces, y exagerada siempre, a lo flamenco, a lo chulo, al torero y otras cosas del mismo jaez...» (OC, XLIII, p. 225); «Los toros, los toreros, los usos y costumbres de los majos y majas de Andalucía, etc., etc., son ya tan trillados y manoseados asuntos que para tratarlos con alguna novedad... se requiere no poco ingenio...» (OC, XLIV, p. 44). El habla de los protagonistas de la novela a que se refiere aquí (*Cariucherita* de A. Reyes) le parece «chula, flamenca, maja, o sobrado vulgar y archiandaluza».

⁶¹ *Pequeñeces* (7.ª ed.), Bilbao, 1904, p. 40. Compárese el texto de Bretón citado en nota 42.

Invoca también Valera en los textos citados el nombre de López Silva, «que sobresale y se gana la simpatía del público», en sus referencias a las obras dramáticas de ambiente «chulapo». El era el símbolo y el portavoz de este gusto por lo popular. Rubén Darío, en el viaje a España que hizo después de la catástrofe de 1898, lo corrobora al hablar del «género chico»: *corrobora que Valera era el símbolo y el portavoz por lo popular.*

Esta chulapería triunfante, el dúo del mantón y el pintilón obsceno, el barrio bajo que se impone, con defensores que cuando alguien protesta de tanta vulgar exploración, saca a cuento a Goya y al asendereado don Ramón de la Cruz. Este, como sabéis, se llama hoy López Silva...⁶²

Pío Baroja, en sus recientes *Memorias*, incluye, entre sus recuerdos juveniles, noticias interesantes acerca del complejo problema del «flamenquismo» y de la difusión de sus manifestaciones por toda la Península a fines del siglo pasado y principios de éste:

⁶² *España contemporánea (Obras completas, XIX)*, Madrid, s. a., p. 162. Las protestas eran muchas; véase, por ejemplo, J. Ixart, *El arte escénico en España*, II, Barcelona, 1896, p. 72, hablando del «teatro por horas», dice: «Trajo a las tablas las costumbres, los dichos y los trajes de lo que llamaría un purista «gente del hampa» de Madrid, más o menos falsificada por el arte del teatro, y por aquí influyó poderosamente en los gustos y aficiones de las masas populares de toda España»: J. Romero López, *Decadencia y florecimiento de nuestro teatro*, Málaga, 1905, p. 23, hablando del fracaso de la regeneración del teatro, comprobaba: «Sigue imperando el género chico con sus chulos indecentes, sus matones de oficio, sus odiosas faces, sus amores callejeros, sus palabras obscenas, sus chistes indecorosos...» E. Noel, *El flamenquismo y las corridas de toros*, Bilbao, 1912, p. 36: «Si en el teatro un chulo o un similar aplica mal las palabras y las mutila o las emponzoña, nos reimos hasta perder los sentidos... Sin embargo, nuestros ingenios modernos lo han entendido bien; el flamenquismo es una mina, un venero, un filón inagotable...» La figura popular de D. José López Silva era un símbolo en el Madrid de principios de siglo: V. Ruiz Albéniz, *¡Aquella Madrid! (1900-1914)*, Madrid, 1944, p. 159, escribe: «Al otro, el maestro de todos los maestros, el sucesor directo de Ricardo de la Vega, sus patillas de «bocacha», los tufos que mal cubren su ya acusada calva, su apostura flamenca, le delatan...»

Entre el aluvión de canciones extranjeras y un sinfín de operetas traducidas y de otras zarzuelas españolas, aparecieron los tangos gaditanos. Yo oí cantar alguno de ellos a un sargento acompañándose con la guitarra, en un cafetúcho donde se jugaba al billar y a la bola. Con aquellas canciones se inició el flamenquismo en los pueblos del Norte de España... Las de asuntos torero y picaresco corrian por toda España y las fregonas se dedicaban a ellos con delectación. La música de tangos era casi siempre la misma, con ligeras variantes; en general, una habanera con ritmo más agitanado y flamenco que las habaneras antiguas... Toda España se dedicaba por entonces a la gitanería con fruición. En Madrid había varios cafés cantantes... Los había en Valencia, en Barcelona, en Bilbao, y en donde no existían éstos... los estudiantes y los comisionistas, al volver de Madrid a sus pueblos, se lucían cantando: «Graná estará orgullosa con el Frascuelo...». El flamenquismo era casi un honor; por lo menos, una gracia...⁶³

Por lo visto, no faltan testimonios históricos de escritores modernos que, al margen de él, tuvieron consciencia de la importancia del fenómeno y de su trascendencia en el campo del lenguaje.

Los «flamencos» de toda España a fines del siglo XIX, lo mismo que los andaluces que imitaban a los gitanos a finales del XVIII y en la época en que Borrow andaba por España, mostraron especial complacencia en la jerga que caracterizaba y singularizaba la manera y estilo de vivir a que sus aficiones les arrastraban. Pero si los gitanos y los delinquentes que adoptaron el «caló» podían encontrar en su lenguaje el reducto que supone siempre una «lengua es-

⁶³ *Final del siglo XIX y principios del XX («Memorias», III), Madrid, 1945, p. 22 y ss. En otro de los volúmenes, Reportajes («Memorias», VI), Madrid, 1948, p. 88, insiste: «El caso es que apareció [el tango] en la última mitad del siglo XIX, que tuvo un gran éxito popular y que corrió por toda la península... La corriente que lo impulsaba era el flamenquismo»; véase p. 151 y ss. sobre las canciones de Sebastián Iradier. En el volumen III, p. 54, hace alusión a una paralela influencia del gitano: «La influencia gitana fué grande en la vida del hampa, como ha sido siempre, mezclándose lo gitano con la germanía... Algunas palabras medio gitanas tomaron también posesión del idioma con un sentido un poco vago, y se habló de cosas que eran chanchis, de gente que estaba majareta...»*

pecial», una «Sondersprache», el «flamenquismo» más bien abrió al «caló» las puertas del lenguaje popular, y el virtuosismo de muchos de los que dominaban la jerga de los medios «flamencos» no hizo más que contribuir a la vulgarización de las voces gitanescas⁶⁴. Los textos últimamente citados no dejan lugar a dudas de que el «flamenquismo» fué el gran vehículo de difusión de palabras gitanas, parte de un vocabulario plebeyo que una persistente moda popularizaba de continuo. Todos los aspectos de la vida española se vieron influídos por esa moda, y todas las clases sociales aprendieron y usaron como propios sus términos⁶⁵. A eso se debe que hoy el caudal de palabras gitanas del español sea mucho más cuantioso que el de los otros idiomas europeos⁶⁶, y que además haya traspasado los límites de una «lengua especial» para diluirse en el lenguaje popular y arraigar

⁶⁴ Compárense las observaciones sobre un fenómeno distinto, pero que algunos paralelos puede ofrecer entre el «apachismo» y la pasión y afectación «flamencas» de las altas clases sociales españolas, y el preciosismo en el empleo del «argot» y del «caló», de L. Spitzer, *Zum Problem des französischen Argot*, en *Romanische Stil- und Literaturstudien*, II, Marburg, 1931, p. 268 y ss.

⁶⁵ Véanse, entre otros, aparte de los de Valera, los siguientes denunciadores textos: E. del Palacio, *Cuadros vivos*, Madrid, 1891, p. 49: «Observen ustedes cómo penetra el lenguaje taurino en las conversaciones familiares, y aun en la política y en la diplomacia. De la literatura en general no hablo, porque ya es literatura berrenda en flamenco, y chorredá en taurino...»; E. Noel, *Piel de España*, Madrid, 1917, p. 36: «El Sr. Villaurrutia quiere llevar a la Academia este estilo, los términos de la flamenquería»; E. Gutiérrez Gamero, *Gota a gota el mar se agota*, Barcelona, 1934, p. 122, recoge, en sus memorias, una exclamación significativa de cómo el «caló» había penetrado en el natural vocabulario de las clases altas: «¡La chipén!, acabó el general Mendoza, muy adicto a la familia Rivas» (sobre el hijo del Duque, Marqués de Bogaraya); E. Noel, *El flamenquismo y las corridas de toros*, Bilbao, 1912, p. 28: «El flamenquismo tiene su lenguaje, inflexiones rarísimas del caló, del andaluz, del gitanismo que saltan del periódico a la calle, al arroyo, a la casa, al lenguaje del niño»; etc.

⁶⁶ Hace unos años escribía el gitanólogo finlandés A. Thesslef, *Stockholms förbrytarsspråk och lägre slang (1910-1912)*, Stockholm 1912, p. 3: «Det förhåller sig nämligen så egendomligt, efter hyad jag med vishet anser mig ha konstaterat, att zigenarsspråket ingenstädes i värl-

profundamente en él⁶⁷. No se trata de nada esporádico y limitado simplemente al «argot», y no son sólo las manifes-

den till den gra inträngt i nagon stads slang som i Stockholm». El desconocimiento de la importancia del «flamenquismo» español le hizo atribuir al «slang» de Estocolmo la primacía en cantidad de voces gitanas entre todas las jergas del mundo. Pero pese al sorprendente número de voces gitanas con que cuenta el lenguaje coloquial sueco, nada hay comparable al fenómeno español. En el sueco, lo mismo que en otras lenguas europeas, las palabras gitanas penetraron exclusivamente a través del lenguaje de las clases inferiores de la sociedad que conocían y adoptaban el vocabulario de malhechores y delincuentes. Véase el citado libro de J. G. M. Moorman, *De Geheimtalen. Een Studie over de Geheimtalen in Nederland, Vlaamsch-België, Breyell en Mettingen*, Zutphen, 1932; y las observaciones complementarias sobre los gitanismos en el holandés de A. Kluyver, *Romani Words in Dutch Slang*, en *JGLS*, Third Series, XIII, 1934, p. 1 y ss.; sobre las voces gitanas en las jergas italianas, el citado estudio de M. L. Wagner, en *Vox Romanica*, I, 1936, p. 264 y ss., con la bibliografía allí citada, y el estudio especial de P. S. Pasquali, *Romani Words in Italian Slangs*, en *JGLS*, Third Series, XIV, 1935, p. 44 y ss.; y otro, publicado con posterioridad al de Wagner, C. Tagliavini & A. Menarini, *Voci zingare nel gergo bolognese*, en *Archivum Romanicum*, XXII, 1938, p. 242 y ss.; sobre gitanismos en portugués, los estudios citados de Coelho y Wagner; sobre gitanismos en francés, G. Esnault, *Ciganismes en français et gallicismes des cigains*, en *JGLS*, Third Series, XIV, 1935, p. 72 y ss., 127 y ss., y 190 y ss.; sobre gitanismos en rumano, A. Graur, *Les mots tsiganes en roumain*, en *Bulletin Linguistique*, II, 1934, p. 108 y ss., con observaciones curiosas acerca de cómo ciertos periódicos humorísticos han contribuido a la expansión de voces gitanas; sobre gitanismos en sueco, aparte del citado estudio de Thesslef, A. Etzler, *Zigenarna och deras avkomlingar i Sverige*, Uppsala, 1944, con bibliografía, y el estudio especial de H. G. Ward, *Romani Words in Swedish Slangs*, en *JGLS*, Third Series, XV, 1936, p. 78 y ss.; sobre los gitanismos en el inglés, principalmente lo recogido en los distintos trabajos y vocabularios de E. Partridge: *A Dictionary of Slang and Unconventional English* (3.ª ed.), London, 1949; *A Dictionary of the Underworld*, London, 1950; merece recordarse también, por la significación en los estudios gitanos de uno de sus autores, el viejo libro de A. Barrère & C. G. Leland, *A Dictionary of Slang, Jargon & Cant enclosin English, American, and Anglo-Indian Slang, Pidgin English, Gypsies' Jargon and Other Irregular Phraseology*, London, 1897; también C. G. Leland, *The English Gypsies and Their Language*, London, 1874, p. 78 y ss., dedicó un capítulo a las «Gypsy words passed into English slang»; etc.

⁶⁷ Palabras gitanas se encuentran en los modestos intentos de es-

taciones literarias del «flamenquismo» o de una literatura costumbrista o popularista que lo documentan las que contienen únicamente voces gitanas. El lenguaje coloquial de los españoles todos, desde el de las conversaciones más anodinas hasta el que recogen las formas más nobles de la lite-

tudiar y documentar el lenguaje popular: Véase L. Besses, *Diccionario de argot español*; o, *Lenguaje jergal gitano, delincuente, profesional y popular*, Barcelona, 1906; R. Caballero, *Diccionario de modismos* (2.ª ed.), Madrid, 1905; R. Molina Pastor, *Diccionario de madrilenismos*, en *RHi*, XVIII, 1908, p. 51 y ss.; etc. Como es natural abundan los gitanismos en los vocabularios del dialecto andaluz; véase M. de Toro y Gisbert, *Voces andaluzas (o usadas por autores andaluces) que faltan en el Diccionario de la Academia Española*, en *RHi*, XLIV, 1920, p. 813 y ss.; y A. Alcalá Venceslada, *Vocabulario andalus*, Andújar, 1933. El estudio, citado repetidas veces, de H. Schuchardt dió ya a conocer la importancia del elemento gitano en las hablas del Sur de España. W. Giese, *Nordost-Cádiz. Ein kulturwissenschaftlicher Beitrag zur Erforschung Andalusiens (Beihefte zur ZRPh)*, LXXXIX, Halle, 1937, p. 227, sólo documenta, sin embargo, dos palabras gitanas (*mui*, *pañi*) en la zona explorada. M. L. Wagner, en su estudio citado de *RFE*, XXV, 1941, p. 166 y s., ha demostrado que la voz gitana *lacha* puede documentarse hasta en los dialectos del Norte de España. Queda también por clarificar la cuestión de la difusión de los gitanismos en la América de habla española. M. L. Wagner, en su citado estudio sobre *Mexikanisches Rotwelsch*, demostró la existencia de gitanismos en el lenguaje de los delincuentes de Méjico. Pero la gran difusión de los gitanismos en el lenguaje popular español de la península parece haber tenido lugar después de la independencia de los países de la América española. No creo que un detenido examen de las obras de A. Malaret, *Diccionario de americanismos* (2.ª ed.), San Juan 1931; y F. J. Santamaría, *Diccionario General de Americanismos*, México, 1942, dé grandes resultados a este respecto. Los intentos de buscar etimologías gitanas a voces criollas han resultado vanos: véase V. Rossi, *Etimologjomanía. Sobre el vocablo gaucho (Folletos lenguaraces)*, 1, Río de la Plata, 1927, contra la opinión de Lehmann-Nietzsche de que *gaucho* procede de *gachó*; véase también B. Caviglia, «*Gaucho* de «garrucho», separata de la revista uruguaya *Etimos*, 1933, refiriéndose al estudio de J. Costa Alvarez, *Treinta etimologías de «gaucho»*, en *Nosotros*, 1926 y 1927. Rossi, p. 8 y s., observa en general: «Las dos o tres voces de *caló* que circulan en el Plata, se deben al género teatral llamado «zarzuela chica» que en todas sus evoluciones mantuvo en su escena representantes del orillerismo madrileño-andaluz, y que por varios años, hace ya tiempo, estuvo en pleno gitanismo con obritas toreras y flamencas o

ratura, pueden ofrecer huellas del influjo gitano sobre el vocabulario español. Los gitanos, sus costumbres y su lenguaje, por tradición «flamenca» o andalucista, o por especial inclinación de algún escritor, pueden ser todavía materia de elaboración poética y literaria, filón de medios expresivos o de inspiración profunda⁶⁸. Pero con independencia de ello, es

chulas, que pusieron en voga algunos modismos...» Compárese O. Morales, *Algunos gitanismos de uso frecuente en Cuba*, en *Archivos del Folk-Lore Cubano*, IV, 1929, p. 363 y ss., que concluye, después de contrastar los gitanismos usuales en Cuba con el vocabulario gitano de Tineo Rebolledo, que su conocimiento y difusión se debe a los andaluces residentes en la isla. El «género chico» no debe ser tampoco ajeno a ello, si se tienen en cuenta las íntimas relaciones de España y Cuba hasta 1898, y aun después. Seguramente las pocas voces gitanas que circulan en los países de América han sufrido modificaciones semánticas de importancia; véase, por ejemplo, R. Arango, *Cuentos despampanantes (Del ambiente criollo)*, La Habana, 1926, p. 49: «Lo primero que tiene que hacer es cambiarse el nombre y hablar como los americanos que no saben «jamar» bien el español...» Los gitanos nómadas que hayan cruzado el Atlántico y que anden por los países de habla española de Ultramar no deben haber influido mucho en el lenguaje coloquial hispano-americano.

⁶⁸ En mis estudios *Gitano-andaluz «Devel, Undevel»* y *En torno a una frase en «caló» de Don Juan Valera*, me he referido a casos de escritores que incorporan voluntaria y conscientemente el vocabulario de los gitanos a su estilo. Véase también lo que dice Salvador Rueda, en carta fechada en 1925, a N. Alonso Cortés, y publicada por éste en su citado estudio *Salvador Rueda y la poesía de su tiempo*, p. 194, respecto a esa incorporación: «... y expresiones de los gitanos y toda clase de canalla que tuve bajo mi lupa a este exclusivo fin». Valle-Inclán, aparte de usar infinitos gitanismos en el lenguaje desgarrado de sus golfos, utiliza el «caló» cerrado en ciertos pasajes del Libro V de *Viva mi dueño*; véase, por ejemplo, en *Opera Omnia*, XXII, Madrid, 1928, p. 213 y ss.:

—Ostelinda, deja el rebrideque, que el planoró se trae su bu-lipén... —Jabillela la mar de chichís ese burlo... —¡Curelo pesquibado! ¡Barbí! ¡Pirela bastará!...

A Pío Baroja le han interesado los gitanos y su lengua, pero no ha usado más gitanismos que los de los bajos fondos (véase sobre los gitanos. *Vitrina pintoresca*, en *Obras completas*, V, Madrid, 1948, p. 732

un hecho real la importancia del elemento gitano en la lengua española y la necesidad de que la lexicografía lo estudie y ordene científicamente⁶⁹.

y ss.). El *Romancero gitano* de Federico García Lorca, limpio de gitanismos lingüísticos, levantó gran polvoreda de discusiones en torno a la gitanería que parecía ser la esencia de la poesía lorquiana; véase G. Díaz-Plaja, *Federico García Lorca. Estudio crítico*, Buenos Aires, 1948, p. 121: «Sobre el gitanismo de García Lorca se divagó excesivamente a raíz de la publicación del *Romancero gitano*. El poeta hubo de cortar en unas declaraciones: 'Mi gitanismo es un tema literario, y un libro. Nada más'; véase también A. Soria, *El gitanismo de F. García Lorca*, en *Insula*, núm. 45, 1949, p. 8. Pero recientemente se ha vuelto sobre el tema con un punto de vista distinto; véase J. López-Morillas, *García Lorca y el primitivismo lírico*, en *Cuadernos americanos*, IX, 1950, p. 238 y ss.: «Es en el gitano donde debemos buscar la clave para descifrar el primitivismo del poeta». Véase también R. Alberti, *Imagen primera de...*, Buenos Aires, 1945, p. 26 y s., en que da cuenta de una juerga, en 1927, en la finca de Ignacio Sánchez Mejías, cerca de Sevilla, en que el autor, García Lorca y otros poetas escuchan a «uno de los genios del canto jondo», el Niño de Jerez: «Inmediatamente, comenzó el canto, hablándose en las pausas, de la diferencia entre lo jondo y lo flamenco; de vihuela y guitarra. El gitano nos tenía sobrecogidos a todos, agarrados por la garganta, con sus gestos, su voz y las palabras de sus coplas... Mas a pesar de su honda voz, lo verdaderamente sorprendente eran sus palabras: versos raros de soleares y siguiriyas, conceptos complicados, arabescos difíciles... Como era natural, de todos los presentes fué Federico el que más celebró, jaleándola hasta el frenesí, la rara expresión empleada por el cantor jerezano...»

⁶⁹ Una gran inseguridad parece haber existido entre los lexicógrafos acerca de la incorporación de las voces del «caló» a los diccionarios: M. de Toro y Gisbert, *Los nuevos derroteros del idioma*, p. 22, no creía que el «caló» perteneciente a la lengua de los delincuentes debiera figurar en los diccionarios, pero sí «las palabras del caló popular que se emplean corrientemente en el lenguaje familiar de Madrid y Andalucía y que forman parte del vocabulario corriente de muchas personas decentes. Gente del pueblo, aficionados a toros, señoritos achulados, emplean a porrillo esta clase de voces que encontramos a diario en periódicos, novelas de costumbres, obras teatrales del género chico, etc.». Refiriéndose al diccionario español-alemán de Slaby-Grossman que había incluido, sin discriminar, todas las palabras de los vocabularios gitano-españoles, M. L. Wagner, en *VKR*, V, 1932, p. 373, escribía: «In einem spanischen Wörterbuch gehört m. A. nur, was wirklich im gesprochenen Spanisch vorkommt, wobei man ja nicht engherzig zu sein

braucht». J. Casares, en su citada *Introducción a la Lexicografía moderna*, p. 274, sigue el criterio que me ha guiado en mis estudios lexicográficos de voces gitanas: «Todo término de caló que tenga curso en nuestra lengua es ciertamente tan extraño a ella como cualquier otro barbarismo, sea cual fuera su origen, y debe recibir, por tanto, el mismo trato. Lo que quiere decir que solamente han de merecer atención aquellas voces que hayan logrado la aceptación general, y especialmente las que tengan estado literario».

I

GITANO-ANDALUZ *DEVEL*, *UNDEVEL*

A Alberto Puig Palau,
último *Romany Rye* español.

«I call God *Duvel*, brother»
Lavengro, cap. XVII

Los vocabularios gitanos españoles dan diversas formas de la palabra Dios: *Debel*, *Ondebel*, *Undebel*, *Ostebel*, al lado de otras que parecen designar atributos de la Divinidad. La forma *Undebel*, que es la más frecuente, es hoy voz corriente en el dialecto andaluz y cuenta con hondo arraigo literario entre los escritores del Sur de España. No la recogió A. Alcalá Venceslada, *Vocabulario andaluz* (Andújar, 1933); pero sí le prestó especial atención M. de Toro y Gisbert en su estudio *Voces andaluzas (o usadas por autores andaluces) que faltan en el Diccionario de la Academia Española*¹, comprobando su frecuente uso y aduciendo varios textos de cantos populares y escritores regionales andaluces.

El *Undebel* español se distingue por razón de su prefijo de las variantes de la forma *devel* común a todos los dialectos gitanos del mundo, que F. Miklosich recogió y comparó en una de sus más famosas monografías², refiriéndolas al indio antiguo: pali *dēva*, prácrito *dēō*, indostánico *dēv*, «Gott» (más concretamente al pali *dēvata*, indio antiguo *dai-vata*, 'Gottheit') Miklosich no hizo más que consignar las

¹ En *RHisp.*, XLIV (1920), págs. 429 y 622-623.

² *Ueber die Mundarten und die Wanderungen der Zigeuner in Europa*, VII (Wien, 1877), págs. 42-43.